BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

LA CASA DE LAS SERPIENTES




SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

LA CASA DE LAS SERPIENTES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 306
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.091 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El grupo de hombres y mujeres, todos ellos encapuchados y con largas vestiduras que cubrían sus cuerpos por completo, formaba un semicírculo en torno a una excavación en forma de pozo, cilíndrica y de unos siete u ocho metros de diámetro, por doce de profundidad.

Máscaras y vestiduras eran completamente blancas, y ello impedía, de un modo absoluto, que se conociera la identidad de los asistentes, cuyo número no rebasaba la treintena. Los asientos, algo más bajos los de la primera fila, y sólo había dos filas, componían una especie de anfiteatro, en donde, hasta el momento, reinaba un absoluto silencio.

El lugar se hallaba en un recinto cerrado, cupular, iluminado en la parte superior por un potente foco, que arrojaba sus resplandores sobre el pozo. No obstante, cierta luz refleja se esparcía en torno a la excavación, proporcionando así la suficiente iluminación para que los asistentes, tanto a la llegada como a la salida, pudieran moverse sin temor de un inoportuno y desagradable tropezón.

En el recinto había dos puertas, una de las cuales había sido utilizado por aquel grupo de personas. Frente a ella, había otra, cerrada por el momento. A ambos lados de la misma, había dos pebeteros de metal bronceado, unos grandes cuencos semiesféricos, sostenidos por sendos pies del mismo metal. Los pebeteros se hallaban apagados, en aquellos instantes.

Súbitamente, la luz del techo osciló violentamente, hasta el punto de que parecía ir a apagarse. Al mismo tiempo, los pebeteros empezaron a humear, y un penetrante aroma invadió el ambiente. Simultáneamente, una figura apareció de forma instantánea, como si hubiese atravesado la puerta del mismo modo que lo hubiera hecho un espectro.

Era una mujer alta, de figura exuberante y grandes pechos, que se marcaban bajo la vestidura blanca que cubría enteramente su cuerpo, desde el cuello hasta los pies. Los brazos, sin embargo, quedaban desnudos, y en cada uno de ellos había sendos brazaletes en espiral y con figuras de serpiente, lo mismo que la diadema que ceñía su abundante cabellera rojiza.

Un leve murmullo brotó de los labios de todos los asistentes, pero el silencio se hizo de nuevo con gran rapidez. Entonces, la mujer alzó los brazos y clamó:

— ¡Yo soy Syphara, la sacerdotisa de nuestra madre Pythonia, el ser maravilloso que nos dará la paz y la felicidad, si obedecemos sus mandatos! Yo soy la humilde persona que goza del inigualable privilegio de poder comunicarse con Pythonia, nuestra madre eterna, la que siempre vive y nunca muere. Yo soy, en fin, la que traduce los deseos de la Madre Pythonia, y establezco la comunicación entre ella y sus fieles.

Syphara hizo una corta pausa y prosiguió:

—Madre Pythonia me habló de una infiel, que había abjurado de sus creencias, después de haberse convertido en su seguidora. Madre Pythonia me

comunicó el nombre de la infiel, y esa traidora a nuestra fe está aquí, arrepentida, pero también dispuesta a sufrir el castigo de su extravío. ¡Mirad, vosotros, mirad! ¡El incrédulo, que crea! ¡El escéptico, que tenga fe a partir de ahora! ¡Mirad, mirad!

Decenas de cuellos se alargaron hacia adelante instintivamente. En el fondo del pozo se había hecho visible repentinamente una hermosa joven, de largos cabellos rubios, completamente desnuda, que permanecía en pie, erguida y con los ojos cerrados. Casi en el mismo instante, un monstruoso animal apareció por lo que era la boca de un túnel que se perdía en las entrañas de la tierra.

Los espectadores contuvieron el aliento. Syphara volvió a hablar:

—¡Madre Pythonia se ha hecho lo suficientemente grande para poder ejecutar el castigo que ella misma ha dictado! ¡Mirad y arrepentíos de antemano los que empezáis a sentir que os abandona la fe! ¡Creed en Madre Pythonia, y la felicidad y la prosperidad os serán otorgadas sin límites!

Aquella cosa monstruosa avanzó lentamente al encuentro de la joven desnuda, que parecía sumida en trance, La muchacha ignoraba en absoluto aquella colosal serpiente pitón, de la que sólo se veía el cuerpo parcialmente, ya que el resto se hallaba en el túnel. La cabeza de la serpiente no medía menos de un metro, y se abría y cerraba lentamente, como si disfrutase con la presa que esperaba a pocos pasos de distancia.

De pronto, la joven pareció volver en sí y darse cuenta del horror de su situación. Sin embargo, no gritó. Como si comprendiera que la huida no era posible, giró sobre sí misma para no ver al monstruo, y se tendió en el suelo de bruces.

La cabeza de la gigantesca pitón se inclinó, y sus fauces rozaron los descalzos pies de la muchacha. Lentamente, el animal inició el proceso de deglución de su víctima. Primero fueron las piernas las que desaparecieron en las fauces del reptil. Luego los muslos y las redondas caderas, la cintura, el torso y, finalmente, la cabeza y los brazos. Por último, la serpiente cerró la boca.

En el interior de su cuerpo se produjeron algunas sacudidas espasmódicas, que no tardaron en cesar. Los asistentes guardaban un silencio total, presa de una morbosa fascinación, producida por el indescriptible espectáculo al que acababan de asistir.

Syphara lanzó, de pronto, un gran grito:

— ¡Madre Pythonia ha ejecutado su sentencia!

Inspiró un poco y agregó:

—Podéis iros, pero no olvidéis que es preciso subvenir a las necesidades terrenales de Madre Pythonia. El receptáculo para vuestros donativos está a la salida. Gracias, amigos míos, gracias.

Los espectadores se pusieron en pie y fueron saliendo uno a uno o por parejas. Antes de que el último abandonara el lugar, había transcurrido ya casi media hora.

Los pebeteros se habían apagado. De pronto, en el fondo del pozo, se produjo un extraño movimiento. La boca de la serpiente se abrió, y la «víctima» sacó medio cuerpo fuera.

—¿Se han ido ya? —preguntó.

Syphara estaba en el borde del foso, sosteniendo con los dientes un cigarro largo y delgado, cuyo humo aspiraba complacidamente.

—Sí, ya puedes salir, Ginny.

La chica salió y sacudió la cabeza.

—Habría que poner un acondicionador de aire, dentro del bicho —dijo alegremente—. Bueno, es una broma..., pero lo cierto es que se suda a chorros.

Había en el pozo una escalera de peldaños de hierro empotrados en el muro, y los usó ágilmente para llegar al anfiteatro.

—Voy a darme una ducha —anunció—. ¿Cuándo debo volver, Syphara?

—Ya te avisaré, Ginny.

—Muy bien, señora. A propósito, ¿qué tal la recaudación?

—Ginny, eso no es cuenta tuya —respondió la otra secamente—. El importe de tus honorarios ya está en tu bolso. Nada más.

—Sí, señora. Dispénseme...

—Adiós, Ginny.

La chica se marchó. Syphara dio media vuelta y salió por la otra puerta. Al franquear el umbral, se encontró en una habitación, que parecía una pequeña antesala, con un par de sillones, un diván y una mesita. Había un hombre sentado en una de las butacas, y sonreía burlonamente.

—Una magnífica representación, Syphara —dijo el hombre.

* * *

Syphara se irguió vivamente.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

—Este es un asunto que le debe rendir a usted buenos beneficios, aunque, me imagino, está todavía en el comienzo. Pero si hemos asistido treinta personas, calculo, y cada una hemos pagado por el privilegió de ver el «sacrificio» de una infiel la nada desdeñable suma de doscientos dólares, se comprende que, en una docena de sesiones, va a hacerse usted rica. Porque los demás habrán podido tragarse la fábula, pero yo, modestia aparte, soy un poco más listo, y he podido darme cuenta de que Madre Pythonia es un ser tan absolutamente artificial como un aparato de televisión. ¿Me equivoco, Syphara?

Ella entornó los ojos.

—En resumen, señor Dunstan, ¿qué es lo que quiere usted?

—La gente es crédula —respondió el aludido, a la vez que sacudía displicentemente con el meñique la ceniza de su cigarrillo—. Eso es algo que no sólo no puedo evitar, sino que no me interesa siquiera. Pero no me gustaría

estropearle el negocio, se lo aseguro.

—Es decir, quiere convertirse en mi socio.

—He notado algunas deficiencias en los movimientos de la máquina que imita tan bien a una serpiente pitón gigantesca. Yo podría mejorar algunas cosas. Tengo bastante habilidad manual, y he trabajado años en el cine, en el departamento de efectos especiales. También usted puede necesitar un ayudante masculino...

Dunstan se interrumpió, y miró a la mujer, de pies a cabeza.

—Bien mirado —continuó sonriendo—, adivino en usted grandes atractivos físicos. Tuve una vez una amiga, y me juró que no había encontrado hombre tan resistente como yo. Si sabe lo que esto significa, puede imaginarse muy bien lo que podíamos hacer ambos... juntos.

Syphara sonrió.

—Usted quiere parte del negocio... y toda la mujer.

—Su clarividencia me maravilla, Syphara. Abrigo la impresión de que acabaremos entendiéndonos satisfactoriamente.

—No me cabe la menor duda —respondió ella—. Por favor, ¿quiere acompañarme a mi despacho...? Aún no me ha dicho el nombre; sólo conozco su apellido...

—Llámame Rube, Syphara. ¿Es ése tu verdadero nombre?

—¿Importa mucho ahora?

Dunstan se echó a reír.

—No, no importa en absoluto —contestó.

Syphara echó a andar hacia la otra puerta. Al abrir, notó una mano que recorría codiciosamente sus opulentas caderas.

—No seas impaciente, Rube —dijo con una risita.

—Es que estoy consumiéndome por conocer otros aspectos tuyos...

—Ten un poco de paciencia, por favor.

Entraron en el despacho, una pieza amueblada con buen gusto, aunque sin lujos innecesarios. Syphara dijo:

—Voy a preparar una copa. Rube, en esa caja tienes cigarrillos, si te apetece fumar.

—Sí, encenderé uno. Oye, vaya cigarrera tan grande...

—Así me despreocupo, durante semanas enteras, de reponer las existencias —contestó Syphara, vuelta momentáneamente de espaldas a su invitado.

La caja era grande, circular, de mimbre. Dunstan levantó la tapa con una mano y metió la otra. En el mismo instante, sintió un agudo picotazo cerca de la muñeca.

Gritó.

—Syphara, ¿qué es esto? —preguntó, a la vez que contemplaba las dos gotitas de sangre que habían aparecido bruscamente sobre la piel.

La mujer sonrió. Dejó la botella, avanzó hacia la mesa y terminó de levantar la tapa de la caja de mimbre. Entonces, algo se irguió y osciló a derecha e izquierda.

Dunstan contempló, estupefacto, la diminuta serpiente, de un grosor no superior a los dos centímetros y cabeza triangular, a través de cuya boca asomaba, entrando y saliendo rápidamente, la lengua bífida. Sonriendo perversamente, Syphara dijo:

—Es un áspid, querido, la misma clase de serpiente venenosa que, según la leyenda, mató a Cleopatra.

—¡Un áspid! —dijo Dunstan, aterrado.

—Sí. La picadura es mortal. Para mis enemigos, claro.

Con espantosa sangre fría, Syphara alargó el brazo izquierdo. La serpiente se enroscó en la carne tibia y mórbida. Dunstan contemplaba la escena, con ojos completamente desorbitados. ¿Por qué no mordía la serpiente a Syphara?

De pronto, pensó que aún podía salvarse. Un médico...

Corrió hacia la puerta, pero estaba cerrada con llave. Forcejeó, mientras a su espalda sonaban las satánicas carcajadas de la mujer.

Las fuerzas le fallaron, de repente. Respiraba con dificultad. Iba a morir, pensó, mientras las rodillas se le doblaban.

Lo último que vio, antes de sumirse en la eterna negrura de la muerte, fue a Syphara, acariciando con la mano libre al áspid que tenía enroscado en el brazo izquierdo.

CAPITULO II

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido la fiestecita?

Antes de contestar a la pregunta de su amigo Ken Owens, Alan Russendyll encendió un cigarrillo. Owens guiaba el coche en que habían viajado los dos hasta la residencia de la sacerdotisa de Madre Pythonia. Russendyll exhaló la primera bocanada de humo y, a su vez, hizo una pregunta:

—¿Cómo fuiste a parar a ese antro, Ken?

—Por curiosidad —respondió Owens—. Cierto día, recibí un prospecto ciclostilado, en el que se hablaba de ganar la felicidad y la prosperidad, a un bajo costo y mediante ciertas ceremonias, absolutamente inofensivas, que se celebrarían en determinado lugar.

«La verdad, en aquellos momentos, hice muy poco caso. Pero a las pocas semanas, me encontré con un amigo, que me dijo acababa de ganar una importante suma en una operación de bolsa. Todo se lo debía, me dijo, a Madre Pythonia, que le había inspirado la compra de aquellas acciones. Encontré sumamente raro que una superstición hiciese ganar dinero a una persona, cuando se trata de una serie de actos en lo que si algo interviene es la inteligencia, el estudio del mercado, la situación nacional e internacional y hasta la buena fortuna, si me apuras. Pero, vamos, que una serpiente hiciese ganar varios miles de dólares a mi amigo, me pareció disparatado.

—Y entonces decidiste asistir.

—Sí. Fue una sesión parecida a la de hoy, aunque sin sacrificio humano, por supuesto.

—Es que no ha habido tal sacrificio, Ken.

—Lo sé. Pero ¿pensarán los otros igual? Todos, estimo, son gente tan crédula como morbosa. Estoy seguro de que han sentido escalofríos de terror, al ver esa gigantesca y falsa serpiente pitón; pero, al mismo tiempo, han disfrutado enormemente viendo a la muchacha que se dejaba deglutir por el monstruo de guardarropía. Y no temas, ninguno dirá una sola palabra... esperando, tal vez, en la próxima ocasión, ver cómo se repite el numerito.

—Y luego, a la salida, dejar doscientos dólares, cifra mínima, en la caja con tapa de terciopelo negro que hay junto a la puerta. Levanté un poco la tela y vi dos billetes de mil —dijo Russendyll.

—Sí, algún agradecido especialmente a Madre Pythonia —rió Owens—, En fin, Alan, ¿qué piensas hacer?

Russendyll se recostó en el asiento.

—Realmente, no se trata de una estafa. Es una nueva secta, y su sacerdotisa pide donativos, simplemente, cosa absolutamente permitida por la ley. Tampoco se ingieren ni se distribuyen drogas, ni alcohol...

—¿Qué me dices de los pebeteros?

—Algo de polvo de magnesio, situado sobre un encendedor eléctrico, que actúa mediante un interruptor. La chispa eléctrica inflama el magnesio y éste,

a su vez, el incienso que hay encima, y cuyo aroma lo invade todo en pocos segundos. Es posible, también, que haya algunas astillitas de sándalo... Escenografía pura, para incautos, Ken.

Owens asintió.

—Creo que tienes razón —murmuró.

—De todos modos, la chica que se dejó «devorar», me parece conocida.

—¿Tú crees?

—No estoy seguro. Tendré que esforzar mi memoria —contestó Russendyll—, De todas formas, es preciso reconocer que la escenografía está muy bien realizada. Resulta muy impresionante, en efecto. Sobre todo, los espectadores enmascarados y con las ropas blancas...

—Un medio muy útil para evitar que se produzcan situaciones embarazosas, ¿no te parece? Se puede asistir solo o en compañía de la esposa, por ejemplo, pero no en grupo. Y ya viste lo que es preciso hacer a la llegada.

Russendyll asintió. El espectáculo se había celebrado por la noche. Al .llegar, los asistentes debían salir ya del coche, encapuchados y con las ropas puestas. Aparte de ello, pero sobre todo al finalizar la sesión, la separación se producía mediante un espacio de tiempo claramente determinado. Realmente, había pocas posibilidades de que alguno de los asistentes fuese identificado o viceversa.

—Si he de hacer algo —dijo Russendyll, tras una pausa—, debo empezar por la «víctima».

—¿No puedes recordar dónde la has visto?

—Tengo la impresión de que actuaba en algún escenario. Para empezar, mañana mismo iré a visitar a un buen amigo, agente artístico. Tiene una de las mejores colecciones de fotografías de ambos sexos que te puedas imaginar.

* * *

A Eddie Cohen le gustaba que le llamasen Ojo de Halcón, pero no por descender de pieles rojas, sino por su habilidad en descubrir estrellas que se hacían famosas, a poco de pasar por su agencia. Sentíase justamente orgulloso de su buena vista y de su perspicacia, y ello hacía que su agencia fuese una de las más concurridas de la ciudad.

—De modo que se trata de una chica rubia, de unos veintisiete o veintiocho años, bien parecida, buenas carnes... y no puedes decirme siquiera el color de los ojos —dijo sonriendo, mientras mordisqueaba el cigarro que tenía casi permanentemente en la boca.

—Lo siento, Ojo de Halcón. Son todos los datos que puedo facilitarte, salvo que tengo la sensación de haberla visto actuar en algún escenario —manifestó Russendyll, a la mañana siguiente.

—¿Te gusta como hembra? —preguntó Cohen maliciosamente.

—Como hembra, está buenísima, pero mi interés es muy otro. Simplemente, quiero hablar con ella, Eddie.

—Si fueses otro, te mandaría a la mierda, pero eres un buen amigo, y te debo un par de favores. ¿Sabes, Alan?, mí agencia no se ocupa de contratar citas amorosas.

—Lo sé, pero este caso es distinto, insisto. Vamos, Ojo de Halcón, ¿es que no me crees capaz de buscarme una fulana, cuando tengo ganas de darle un poco de gusto al cuerpo?

—Eso sí es cierto —reconoció Eddie generosamente—. La verdad es que si fuesen moscas, tendrías que usar insecticida, para espantar a todas las que te acosan... Señor, qué hombre con suerte... Si a mí me sucediera siquiera Ia décima parte de las cosas que te pasan a ti, al menos, en este aspecto, sería el tipo más afortunado del mundo.

—No te quejes, que alguna cae de cuando en cuando —rió Russendyll—. ¿Vamos a ver tu famoso y secreto álbum de fotografías?

Cohen soltó una risita. En aquel álbum había más secretos de los que podían imaginarse muchos. Para ponerlo sobre la mesa, tuvo que extraerlo previamente de una gran caja fuerte, situada en uno de los ángulos de la estancia.

Russendyll se sentó. Cohen le puso delante un vaso con whisky y hielo.

—Ármate de paciencia —dijo—. Mientras, voy a dictar a mi secretaria unas cuantas cartas. Si encuentras a la prójima, llámame por el interfono.

—Está bien.

El álbum poseía un grosor impresionante. En cada página, había varias fotografías, la inmensa mayoría de ellas de mujeres, y casi todas desnudas, en actitudes incitantes. También había bastantes varones, aunque en una proporción notablemente inferior.

A su modo, pensó Russendyll, Cohen era un hombre decente. Muchas de las artistas allí retratadas habían alcanzado en la actualidad una gran notoriedad. De haberlo deseado, podría haber sometido a chantaje a sus antiguas clientes. Pero Russendyll sabía que su amigo era radicalmente enemigo de ciertos procedimientos, nada éticos.

Media hora más tarde, encontró una fotografía que le causó una enorme sorpresa. Buscó una cuartilla, puso una señal en la página y continuó su tarea.

A los diez minutos, encontró a la «víctima» de Madre Pythonia. Entonces, tocó la palanquita del interfono:

—Ya puedes venir, Eddie —llamó.

Cohen compareció de inmediato.

—La has encontrado —adivinó.

—Número cuatro ocho cinco uno —dijo Russendyll.

Cada fotografía tenía asignada una cifra. Russendyll fue a su archivo, buscó una ficha y luego se volvió hacia su amigo:

—Ginny Bates, artista de strip-tease. Quiso cantar, pero no dio resultado. Entonces tuvo que dedicarse a quitarse la ropa. Vive en Coronado, 6.327.

Russendyll anotó el dato. Luego volvió a la página primeramente señalada.

—Número dos uno cero seis —dijo.

—Creí que sólo querías datos de una artista —se sorprendió Cohén.

—He encontrado inesperadamente una cara conocida —manifestó el visitante—. Mírala, si te parece.

Cohen se acercó a la mesa, y fijó la vista en la fotografía indicada. En la cartulina aparecía una mujer de notables atractivos físicos, con un par de serpientes enlazadas en sus brazos.

—Ah, sí, Selena Krafton, domadora de serpientes —dijo—. Pero hace casi seis años que no tengo Ia menor relación con ella. Un día me telefoneó para decirme que dejaba la profesión y que se marchaba de la ciudad, pero ya no he vuelto a tener noticias suyas.

—Es decir, puede suponerse que no se encontrará en el domicilio que tienes tú en su ficha.

—Seguro. A pesar de todo, la llamé hace unos seis meses, cuando un empresario me pidió una mujer que supiera actuar con serpientes. El conserje de la casa donde vivía dijo que se había marchado, sin dejar dirección. De todas formas, no lo lamenté demasiado. Era una mujer de genio endiablado, capaz de pelearse con cualquiera, por una tontería.

—Aquí aparece bastante guapa —comentó Russendyll.

—Bueno, no estaba mal del todo, aunque ya había cumplido los treinta y dos años. Para mi gusto, sin embargo, demasiado voluminosa. De todos modos, Alan, creí que buscabas a la rubia...

Russendyll cerró el libro.

—Ha sido un ramalazo de curiosidad —sonrió—. En efecto, es Ginny Bates la que me interesa.

—Irás a verla, supongo.

—Hoy mismo, sin falta —respondió el visitante.

* * *

Ginny Bates abrió la puerta y contempló, con curiosidad, al hombre alto y bien parecido que se hallaba en el umbral.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Tengo quinientos dólares para usted, señorita Bates —manifestó Russendyll.

—Entre, hombre, entre —exclamó la rubia—. A menos que esté bromeando, hace usted sonar una clase de música que me enloquece. ¿Quién le ha hablado de mí? ¿Danny la Pelirroja Culona?

Russendyll se echó a reír.

—No tengo el gusto de conocer a esa señora —dijo.

—Bien, entonces... Oh, dispense, no le he ofrecido de beber...

—Gracias, pero no me apetece ahora, señorita Bates.

Ginny frunció el ceño.

—Oiga, para venir... a lo que ha venido, me está tratando con demasiadas ceremonias —dijo con cierta aspereza—. ¿Por qué no me llamas Ginny,

precioso?

—Ginny, he hablado antes de quinientos dólares, pero tienes que ganártelos...

La rubia vestía una bata, debajo de la cual llevaba solamente el sostén y unas breves braguitas negras. La bata cayó al suelo en el acto.

—Estoy dispuesta —dijo, sonriendo incitantemente, con la mano izquierda en uno de los tirantes del sostén.

—No es eso, no me has entendido, Ginny. Lo que quiero es que me hables de Madre Pythonia.

Ella se puso seria en el acto. Con brusco movimiento, se agachó, recogió la bata y volvió a ponérsela.

—Lárgate —ordenó.

—Ginny, son quinientos dólares.

—Escúchame tú, quienquiera que seas. El empleo es bueno. Yo no tengo la culpa de que haya gente estúpida en este mundo, y se crea que Madre Pythonia les va a conceder la prosperidad y la felicidad muy pronto. Si quieres llamarlo estafa, de acuerdo, es una estafa; pero nadie les obliga a ir allí, ni tampoco se les pone una pistola en el pecho para que dejen unos cientos de dólares. ¿Está claro?

—¿Cuánto ganas por sesión, Ginny?

—Mil dólares. Pero no diré nada más...

—¿Te buscó Selena?

—¿Qué Selena...? ¡Se llama Syphara!

—Estás equivocada. El nombre de la sacerdotisa de Madre Pythonia es Selena Krafton. Hace algunos años, era domadora de serpientes.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —se asombró la rubia.

—Es mi oficio —sonrió Russendyll.

—¿Policía? Oh, no... No irías por ahí repartiendo dinero como Papá Noel reparte juguetes en Navidad.

—Bueno, creo que eso no tiene, en realidad, mayor importancia. ¿Sabes si Syphara tiene algún ayudante?

—Lo ignoro. Periódicamente, Syphara me llama, voy allí, desempeño mi comedia, cobro... y eso es todo. Pero, oye, ¡estoy hablando más de la cuenta! —protestó Ginny vivamente.

Russendyll se acercó a ella y le acarició la barbilla.

—Syphara no tiene por qué saber que has estado conmigo —dijo—. A fin de cuentas, ¿no recibes <<clientes» en algunas ocasiones?

—Bueno..., pero si me prometes no repetir a nadie lo que te diga... Además, qué diablos, casi te lo he dicho todo...

Russendyll le puso las manos en la cintura.

—Tenemos toda la tarde para hablar —dijo.

—¿Sólo hablaremos? —sonrió Ginny.

—En los «entreactos», naturalmente.

Ella le guiñó un ojo.

—Entonces, empecemos la función —propuso alegremente.

CAPITULO III

—Nada reprochable, Ken —dijo Russendyll, al día siguiente.

—¿Has averiguado algo?

—Encontré a la «víctima». Estuvimos conversando un buen rato. La broma me costó quinientos dólares.

—Te reembolsaré el dinero, Alan —prometió Owens.

—En este mundo, hay gente chiflada, y no lo digo por ti precisamente, Ken, gente ávida de nuevas sensaciones o de nuevas creencias... Syphara sabe explotar hábilmente esta situación, eso es todo.

—Pero el caso es que a mí me anunció prosperidad... ¡y también gané una pequeña fortuna en la Bolsa!

—Ken, sospecho que Syphara te investigó previamente, como había hecho con los demás. Si conoce tu profesión, tus métodos de acción en las finanzas, parece lógico que vaticinara tu prosperidad, sabiendo, más o menos, que pensabas invertir una buena suma en la Bolsa.

—Debe de tener algún ayudante que investiga sobre nosotros...

—En todo caso, ignoro quién es. Mi informadora no supo decirme nada al respecto.

—Probablemente, está ausente cuando se celebran esas ridículas ceremonias —apuntó Owens.

—Es probable, en efecto —convino Russendyll—. Pero, repito, no hay nada ilegal en lo que hace esa mujer. El que va allí, y no te ofendas, es porque quiere deliberadamente ser engañado. Piensa que, en el fondo, es un tonto, pero conserva sin embargo un resquicio de esperanza, que le hace tener fe en las palabras de Syphara. Eso es todo, no le des más vueltas, Ken.

—Sí, puede que tengas razón. Alan, te enviaré un cheque por quinientos dólares, más los gastos.

—No tuve ningún gasto adicional, Ken —se despidió Russendyll.

Era un asunto vulgar. En Los Angeles había infinidad de sectas, con las creencias más disparatadas y con los autodenominados sacerdotes más absurdos que uno podía imaginarse. La idolatría de Madre Pythonia no era sino una muestra más de lo que una persona avispada podía ganar, con unas cuantas docenas de incautos.

Debía cerrar el caso, se dijo. No valía la pena continuar preocupándose por unos tipos que creían a pie juntillas cuánto les decía la antigua domadora de serpientes.

Naturalmente, Syphara debía de contar con un buen servicio de información. Le costaría dinero, por supuesto, pero si a la última reunión habían asistido treinta personas y muchas de ellas habían donado una cantidad superior a la estipulada, era fácil suponer que la recaudación podía alcanzar los diez mil dólares.

Una reunión semanal, cuatro al mes... cuarenta mil dólares...

«Bonita manera de enriquecerse, sin dar golpe», refunfuñó.

Y luego se puso a estudiar otro caso que tenía entre manos, y que le parecía mucho más interesante que el de la domadora de serpientes.

* * *

La visitante era una chica muy atractiva, de pelo corto, castaño oscuro y que dijo llamarse Phoebe Dunstan. Russendyll la había recibido, después de concertar hora por teléfono, y previa una consulta a la agenda de su secretaria privada. Phoebe entró en el despacho, dio la mano a Russendyll, y se sentó en la butaca que éste le señaló cortésmente.

—¿En qué puedo servirla, señorita Dunstan? —preguntó Russendyll.

—Deseo encomendarle una investigación, sobre mi hermano, desaparecido hace tres meses.

Russendyll arqueó las cejas.

—¿Ha acudido a la policía? —inquirió.

—Sí, pero las pesquisas no han dado el menor resultado. Por eso he venido a verle a usted. Un amigo común me facilitó su nombre, el señor Owens.

—Ah, Ken Owens —sonrió Russendyll —. Señorita, mucho me temo que, a pesar de la recomendación, no voy a poder atenderla por el momento. Tengo una agenda muy recargada...

—El señor Owens me aseguró que sí investigaría para mí —atajó la muchacha—. ¿Sabe?, mi hermano solía asistir a las ceremonias en honor de Madre Pythonia.

Russendyll se puso serio instantáneamente.

—Bien —dijo—. De momento, voy a escuchar lo que tenga que decirme, pero no le garantizo nada más. Empiece cuando guste, señorita Dunstan.

—Mi hermano me escribió hace algún tiempo, por supuesto, semanas antes de su desaparición. Contaba en su carta que asistía, con cierta regularidad, a unas extrañas ceremonias de adoración a una serpiente, pero también añadía que lo hacía por interés personal, y no porque creyera en esas paparruchas. Estaba seguro de que la sacerdotisa de esa demente secta era una estafadora, y quería desenmascararla. Rube, mi hermano, dijo también que pensaba asistir a la próxima reunión, el diez de febrero último, y que me escribiría al día siguiente, con lo que hubiese averiguado. Ya no he vuelto a tener noticias suyas.

Russendyll frunció el ceño.

—¿Qué interés podía tener su hermano en desenmascarar a una supuesta estafadora? No era policía... ¿Tal vez periodista? Si fuese así, y se tratase de una publicación importante, se habría producido un gran escándalo, y no recuerdo yo nada parecido, ni nadie ha mencionado tampoco la desaparición de un hombre llamado Rube Dunstan.

—Lo siento, es todo lo que puedo decirle —contestó Phoebe—. Naturalmente, repito lo que me contó mi hermano.

—¿Puede decirme a qué se dedicaba?

La chica puso cara de circunstancias.

—Si quiere que le diga la verdad, lo ignoro por completo. Hace años que vivíamos separados, aunque sosteníamos correspondencia con cierta regularidad. —Phoebe desvió la mirada un poco—. Lo cierto es que, en los últimos tiempos, andaba algo apurado de dinero y quería que yo le ayudase. Le envié unos cientos en algunas ocasiones, pero, francamente, llegó un momento en que le dije que ya no podía seguir enviándole más dinero.

—Al menos, tendrá usted la dirección de su hermano, en Los Angeles.

—Sí, pero ahora viven otras personas en su apartamento. Hablé con el conserje, y me dijo que, hace más de dos meses, tuvo que poner el apartamento en alquiler, porque mi hermano, aparte de no dar señales de vida, debía el importe de casi tres meses de alquiler.

—¿Qué hay de sus cosas, de sus objetos personales? Aunque haya desaparecido, algo tuvo que dejar...

—No se me ha ocurrido preguntarle. El hombre estaba furioso, aunque se suavizó' bastante cuando cancelé la deuda. Lo único que me entregó fue una maleta llena de ropa. Dijo que no había más.

—¿Libros, papeles de alguna clase?

—No creo...

—Escúcheme bien, señorita Dunstan. Vaya a ver al conserje y gratifíquele con una buena propina. Trate de enterarse de si su hermano dejó algo más que una maleta con ropa. Por cierto, ¿la tiene usted?

—Sí, señor.

—Después de hablar con el conserje, vuelva a su alojamiento, saque la ropa y empiece a registrarla con todo cuidado, forros, costuras, dobladillos... Si hay zapatos, despegue los tacones y las suelas, y examine a fondo el interior de alguna pluma o lápiz que pueda haber en el equipaje. Quizá de este modo encontremos alguna pista, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Por cierto, ¿dónde se hospeda usted?

—He alquilado una casa, en la vecindad de donde vivía mi hermano, a dos manzanas de distancia. Me gusta más una vivienda independiente que el cuarto de un hotel, aunque sólo sea por una semana. —Phoebe sacó una tarjeta, escribió algo y se la entregó a Russendyll—. Aquí están mis señas y mi número de teléfono,

—Gracias. Haga lo que le digo, y mañana volveremos a ponernos en contacto.

—¿Mañana? —dijo ella, decepcionada.

Russendyll procuró armarse de paciencia.

—Usted sospecha que a su hermano le ha pasado algo malo. En tal caso, no podemos hacer ya nada por él —contestó.

—Sí, es cierto —convino Phoebe pesadamente—. Por cierto, no hemos hablado aún de honorarios...

—Deje el tema para mejor ocasión —cortó Russendyll—. Ahora, vaya y haga lo que le he dicho.

La chica se puso en pie. Tenía una figura deliciosa, pensó el detective. Un verdadero bombón.

La secretaria entró a los pocos momentos, con una carpeta llena de papeles. Era una mujer ya madura, en la que Russendyll tenía absoluta confianza. Minnie Talbot se enteró muy pronto de los motivos de la visita de Phoebe Dunstan.

—Un chantajista, seguro —dijo, refiriéndose al hermano desaparecido—. Y esa clase de gente, a menos que estén muy bien organizados, suelen terminar de forma catastrófica.

Russendyll asintió.

—Es lo mismo que pienso yo —concordó.

* * *

Sonó el timbre de la puerta. Syphara alzó la cabeza y miró al hombre que tenía a su lado.

—¿Quién será? —murmuró.

—Iré a ver —dijo el sujeto.

Syphara y su ayudante estaban en el fondo del pozo, revisando los mecanismos de la gigantesca pitón artificial. Royd Kartz subió la escalera de peldaños de hierro, atravesó el anfiteatro, llegó al vestíbulo y abrió la puerta. Inmediatamente, abrió la boca, estupefacto ante el insólito espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

—¿Qué... qué desean? —preguntó.

Había tres hombres ante el umbral. Uno de ellos era un sujeto de color, enorme, gigantesco, con el cráneo completamente afeitado y un arete de oro en la oreja izquierda. El segundo era mucho más bajo y, a juzgar por sus rasgos fisonómicos, de ascendencia oriental.

Entre los dos hombres, de aspectos tan dispares, había un tercero, de buena estatura, elegantemente vestido, de facciones afiladas y con un fino bigotito negro sobre el labio superior. Llevaba guantes de color gris perla, y usaba un bastón de ébano con puño de marfil.

—Por favor —dijo el hombre del bastón, con su exquisita cortesía—, tenga la bondad de anunciarme a la señora Krafton. Soy Leonard Lañe. Estos son mis sirvientes personales, Sanghor y Tyoko.

—Aquí no vive ninguna señora Krafton —contestó Kartz secamente.

—Oh, si vive. Estamos muy bien enterados de ello —dijo Lañe, sin perder la sonrisa—. ¿Sanghor?

—Sí, amo —contestó el gigantesco negro.

Y antes de que el asombrado Kartz pudiera hacer algo, lo asió por el cuello y lo suspendió en alto, con una sola mano. Lane franqueó el umbral, y Tyoko, el oriental, que lo seguía, cerró la puerta.

Kartz gorgoteó y pataleó, hasta que Sanghor pareció cansarse del juego y lo dejó en el suelo. Luego, sujetándolo por un brazo, lo empujó detrás de Lañe, que daba la sensación de moverse en el interior de la residencia como pez en el agua.

Extrañada por la tardanza, Syphara había abandonado el pozo y se hallaba en el anfiteatro. Entonces, con no menor asombro que su ayudante, contempló la pequeña procesión que, encabezada por Lañe, se dirigía a su encuentro.

—Mi querida señora Krafton —dijo Lañe, a la vez que se apoderaba de la mano de la mujer, para besarla galantemente—. Lamento la irrupción tan brusca que nos hemos visto obligados a realizar en su casa, pero su criado carece de los más elementales conocimientos de cortesía, y por ello hemos tenido que actuar de una forma absolutamente reñida con nuestras normas habituales. Espero que sabrá dispensarlo..., pero, por favor, ¿no cree que hablaríamos mejor en su despacho?

Syphara logró recobrarse de la sorpresa, y se irguió.

—Podemos hablar aquí, señor Lane respondió fríamente—. ¿De qué se trata?

—Es bien sencillo: Acaba usted de adquirir un nuevo socio.

—¿Qué?

—Yo.

—No entiendo nada...

—Usted necesita un socio, para determinados aspectos de su negocio —siguió Lañe, sin perder la flema—. Y ese socio, naturalmente, lo seré yo, a partir de este momento. Pero ya hablaremos con más detalle del asunto; de momento, si no le importa, voy a hacer una llamada telefónica desde su despacho.

Reaccionando vivamente, Syphara lanzó un atroz rugido:

—¡Un socio! ¡Un cuerno necesito yo un socio! ¡Váyanse todos al infierno...!

Sanghor había soltado a Kartz, creyéndole completamente amedrentado. De súbito, se oyó un chasquido.

Lane volvió la cabeza. En la mano derecha de Kartz había aparecido una navaja.

—Váyanse todos ahora mism...

Fue todo lo que pudo decir. Se oyó un ligero ruidito y Kartz, con una expresión de infinita sorpresa en el rostro, empezó a tambalearse. Aterrada, Syphara vio a Tyoko, que empuñaba una pistola con silenciador.

Lane meneó la cabeza.

—Una verdadera lástima —dijo, con ficticio pesar—. La falta de prudencia es la característica más notable de la juventud de hoy día. Por fortuna —se volvió hacia Syphara, sonriendo anchamente—, su jardín es muy espacioso, y hay en él sitio suficiente para una tumba. Naturalmente, se cavará a la noche y... Con su permiso, señora Krafton, tengo necesidad de hacer una llamada telefónica.

Sin mirar siquiera al cuerpo que yacía inmóvil sobre el suelo, Lane rodeó el pozo, atravesó la otra habitación y llegó al despacho. Levantó el aparato, marcó un número, esperó unos segundos y, al fin, dijo:

—¿Doctor Varia? Soy Lañe. Sí, ya he conseguido lo que buscábamos. ¿Cómo? ¿Que tiene todo preparado? Bien, ahora, en seguida, irán a buscarle para trasladar sus aparatos... De nada, por favor, doctor Varia; es un placer...

Lane dejó el aparato en la horquilla. Entonces divisó la gran jaula de red metálica, en la que, sobre un suelo de arena, yacía inmóvil una pequeña serpiente.

—¿Será la hijita menor de Madre Pythonia? —murmuró burlonamente.

CAPITULO IV

—Esto es todo lo que he encontrado —dijo Phoebe, al día siguiente.

Russendyll tomó la tira de papel, en la que figuraba el nombre de una mujer y su dirección. Un tanto defraudado, observó que no era la antigua domadora de serpientes.

—¿Nada más?

—Destrocé la maleta por completo —respondió la joven—, Es más, pregunté al conserje si mi hermano no había dejado papeles, libros... Me respondió que lo único que habían encontrado en el apartamento, además de sus ropas y efectos personales, eran una veintena de libros, que guardó unas semanas en su propia vivienda. Luego, por consejo del dueño del edificio, los vendió a un librero de viejo.

Russendyll hizo un gesto de desaliento.

—Ni siquiera sabemos los títulos y, aunque los conociéramos todos, ¿cómo saber si los libros que pudiéramos encontrar eran los mismos que tenía su hermano?

El labio inferior de la muchacha tembló ligeramente.

—Temo lo peor, señor Russendyll —manifestó.

—No podemos ser demasiado optimistas, en efecto —convino él—. Pero le diré una cosa: mientras no sepamos con absoluta certeza que está muerto, aún podemos abrigar ciertas esperanzas.

—Sí, quizá tiene razón... Señor Russendyll, Rube dijo que asistía a unas extrañas ceremonias...

—Lo sé. Yo también estuve en una ocasión. No era más que un engaño.

—¡Una estafa! Se podría denunciar a la policía...

—No conseguiría nada. El que asiste a esas ceremonias lo hace por su propia voluntad, y da donativos sin presión alguna. No le venden drogas ni medicinas milagrosas, ni objetos que, costando diez centavos, se los cobren a cien dólares... Lo que sucede allí es ridículo, pero no ilegal.

—Entonces, ¿hemos de desistir de la búsqueda de mi hermano?

Russendyll agitó el papelito que ella acababa de entregarle.

—Empezaremos por hablar con esta dama —dijo—. Procuraré verla hoy mismo. En todo caso, volvería a llamarla a usted mañana, sin falta.

—Si quiere, puedo ir yo...

—No. Usted desconoce ciertos... procedimientos. Deje esto en mis manos, se lo ruego.

Phoebe suspiró, resignada.

—Como quiera —accedió.

* * *

De reojo, Syphara lanzó una mirada al áspid que dormitaba en su jaula de

malla metálica. Como si fuese el dueño de la casa, Lane se había sentado tras la mesa de despacho y fumaba complacidamente un cigarrillo embutido en una larga boquilla de marfil negro.

—Usted puede continuar sus ceremonias, como si nada hubiera sucedido —dijo plácidamente—, Lamento que haya sido preciso eliminar a Kartz; pero, como dijo un viejo amigo, él se lo buscó. De todos modos, Tyoko es también hábil mecánico, y podrá ocuparse del funcionamiento de Madre Pythonia. Es más, yo creo que Sanghor puede resultar un elemento muy decorativo, ya sabe, un tipo hercúleo, con brazaletes dorados en los brazos desnudos, cruzados sobre el pecho robusto, vestido solamente con un taparrabos de piel de leopardo... Bueno, una imitación, claro...

—Y de lo demás, ¿qué? —preguntó Syphara hoscamente.

—De lo demás, me ocuparé yo, no se preocupe.

—Pero hay un doctor...

—Sí, Horton Varia, pero, estrictamente, no es un médico, sino un investigador científico. Un biólogo, vamos, para que lo entienda.

—Es decir, piensa montar un laboratorio.

—Ya se está instalando. Repito que no debe preocuparse por ello. Usted, a lo suyo, ayudada por Sanghor, y nosotros a lo nuestro. Todo debe seguir como hasta ahora.

—Veo que no queda otro remedio —dijo ella.

—No, a menos que esté cansada de la vida.

En la voz de Lane había una clara nota de amenaza, que una mujer de experiencia como Syphara no podía desconocer. Una vez más, volvió a mirar al áspid, aunque con la debida discreción.

—Me gusta mucho vivir —dijo con voz átona.

—Eso me complace sobremanera —contestó Lane un tanto pedantemente —. Por cierto, ¿qué bichito es ése que tiene en la jaula?

—Oh, una serpiente inofensiva, de las que abundan por los campos y se alimentan de ratoncillos y pajarillos que aún están en el nido. Yo la uso para causar efecto entre, mis... discípulos.

—Sí, ya sé que fue domadora de serpientes. Ahora la veo dormida.

—Está haciendo la digestión de su última comida. Tengo un pequeño criadero de ratones blancos. De cuando en cuando, le echo alguna de las crías. Pero me gustaría saber una cosa, señor Lañe...

—Oh, puede llamarme Leonard. O Leo, si le gusta más. ¿De qué se trata, Selena?

—A mí me gusta que me llamen Syphara. El nombre de Selena Krafton es solamente a efectos oficiales.

—Entendido. ¿Qué iba a decirme, Syphara?

—¿Por qué eligieron mi casa?

—Bien, está en un lugar relativamente aislado, es grande, muy capaz, hay sitio de sobra... y una excelente tapia que priva de las miradas de los curiosos.

—Y, sobre todo, no les cuesta un céntimo —dijo ella sarcásticamente.

—No se preocupe, los gastos corren de cuenta nuestra.

De pronto, Lane se levantó, rodeó la mesa y se acercó a la mujer, poniendo ambas manos sobre los senos protuberantes.

—Oye, Syphara, ¿sabes que estás todavía muy apetitosa?

Ella le rechazó de un manotazo.

—Cuando me acuesto con un hombre, lo hago por gusto y no porque me obliguen a ello —contestó abruptamente.

Lane se echó a reír.

—Bueno, algún día sentirás deseos de «probarme» —dijo—. Por ahora, eso es todo, Syphara.

Ella dio media vuelta. Algún día, pensó, el áspid la sacaría de apuros. No conocía los proyectos de aquella banda de granujas, pero no estaba dispuesta a someterse mansamente a sus exigencias.

Al quedarse solo, Lane se acercó a la gran jaula, y contempló a la serpiente, que dormitaba apaciblemente, semiescondida en su lecho de arena.

—Muy curioso, muy curioso —murmuró.

* * *

El nombre de la mujer era Tulia Meister. Russendyll comprobó, una vez más, la dirección que figuraba en e! papel que le había entregado Phoebe, y tocó el timbre.

A los pocos momentos, se abrió la puerta. Russendyll se encontró frente a una mujer de unos treinta años, alta, de formas ampulosas y abundante cabellera rubia. La cara le pareció conocida.

—¿Tulia Meister? —preguntó.

—Sí... ¿Qué desea? ¿Le envía Hub Darren?

—No conozco a ese señor —contestó Russendyll—. Pero usted, me parece, sí conocía a Rube Dunstan.

—Oh... Oiga, hace mucho tiempo que no sé de él...

—Precisamente por eso he venido a visitarla, señorita Meister.

Tulia se echó a reír.

—No sea ridículo, hombre. Llámeme Tulia, simplemente. Entre y hablaremos de aquel granuja que dijo iba a cubrirme de oro, y se largó sin decir adiós, y debiéndome, además, trescientos dólares.

—Oh, de modo que Rube se ha marchado...

—Si no es así, no sé explica su ausencia. ¿Le apetece un trago?

Russendyll estudió unos instantes a la mujer. Era muy atractiva. La bata transparente que llevaba permitía ver unas prendas íntimas escasísimas, de tejido y de color negro.

De pronto, algo chispeó en su mente.

—Ya sé —dijo—. Usted se hace representar por Eddie Cohén.

Ahora recordaba haber visto a Tulia en una de las fotografías del álbum secreto del representante artístico. Sólo que en la fotografía, Tulia aparecía

completamente desnuda.

—¿Conoce a Eddie? —preguntó ella ávidamente.

—Un poco. Somos buenos amigos —sonrió Russendyll.

—Hace pocos días le llamé. Dijo que no tenía nada para mí...

—Hablaré con él. Algo encontraremos, Tulia.

—Si resulta cierto, se lo agradeceré... cada vez que venga a verme —dijo ella cálidamente—. Pero creo que había venido a hablarme de Rube.

—Lo correcto sería decir que es usted quien debe hablarme de él.

—Bueno, a mí me parece que Rube fue siempre un tipo fantasioso. Toda la fuerza se le iba por la boca, ¿sabes? ¿Te importa el tuteo?

Russendyll sonrió.

—Sigue—invitó.

—No quiso mencionar explícitamente el plan. Sólo habló de serpientes, pero yo creí que tenía ganas de broma, aunque sí logré entender que se trataba de un chantaje. ¿Tú lo entiendes? ¡Un chantaje a una serpiente! Aunque puede que lo dijera en sentido figurado, algún tipo con los sentimientos de un reptil...

—¿Mencionó una mujer?

—No. La verdad, no puedo contarte más cosas. A mí me gustaba bastante, ¿para qué voy a ocultarlo? Pero me parece que en esta ocasión he resultado un poco tonta.

—A veces, no conviene fiarse demasiado de la gente. De todos modos, gracias, Tulia. Hoy mismo hablaré con Eddie Cohén.

Ella se le acercó, insinuante, a la vez que abría la bata.

—Puedo demostrarte mi gratitud...

Russendyll palmeó suavemente la mejilla de la joven.

—En otra ocasión, guapa.

—Eh —exclamó Tulia, de repente—. Pero no me has dicho todavía tu nombre.

—Alan, es suficiente.

—Si Eddie me proporciona un trabajo, le diré que te avise para que vengas a tomar una copa conmigo.

—Entonces, vendré, te lo prometo —se despidió él.

Aquella misma tarde, Russendyll volvió a hablar con Phoebe.

—Hasta ahora, no hemos adelantado prácticamente nada —confesó.

—¿Ha probado a hablar con Selena Krafton?

—La verdad, ir directamente a su casa, me parece un tanto imprudente. Tendría que buscar la ocasión adecuada, ¿comprende?

Phoebe se mordió los labios.

—Será preciso aguardar, no hay otro remedio. Pero, aparte del parentesco y del afecto que pueda sentir hacia Rube, como hermano que es, hay también otro motivo por el que me interesa saber qué ha sido de él.

—¿Otro motivo? —se sorprendió Russendyll.

—Sí, una herencia de trescientos mil dólares limpios, una vez deducidos

los impuestos y gastos correspondientes. Yo he percibido ya mi parte, pero Rube debe aparecer para cobrar lo que es suyo.

—Ciento cincuenta mil dólares.

—Sí.

—¿No lo sabía él?

—Bueno, es un pleito que viene de años y, en los últimos tiempos, Rube se había desengañado, y ya no confiaba en la solución favorable que, al fin, se ha producido.

—Por tanto, le interesa una declaración de muerte oficial.

—Me interesa encontrarle vivo —dijo Phoebe rígidamente. Luego suavizó su gesto—. Pero presiento que ha muerto.

«No me extrañaría. Algunos chantajistas son muy chapuceros, y acaban catastróficamente», pensó Russendyll.

—Resulta doloroso y hasta duro tener que hablar así —continuó la chica —, pero es preciso pensar que la vida sigue.

Russendyll hizo un gesto de aquiescencia.

—Repito que es un caso muy complicado —manifestó—. Y puede que lleve bastante tiempo, el resolverlo en un sentido u otro.

—Eso no me importa. Por fortuna, puedo pagar sus servicios, señor Russendyll. Tenía un empleo y me despedí, de modo que ahora estoy completamente libre, y no necesito pensar en mi salario a fin de mes.

—A mí me gustaría también poder decir una cosa semejante —sonrió el joven—. Lo que ha dicho significa que va a permanecer en Los Angeles una temporada.

—He tomado la casa por seis meses, pagando el alquiler por adelantado. Cuando necesite algo de mí, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias, señorita Dunstan. Ah, olvidaba una cosa...

Russendyll tomó una carpeta de encima de la mesa, y se la entregó a su visitante.

—Ahí tiene, por escrito, los informes de lo que he conseguido averiguar hasta ahora. Puede quedársela; yo guardo una copia en mi archive.

Phoebe abrió su bolso y extrajo un cheque, que dejó sobre la mesa.

—De momento, aquí tiene dos mil dólares, como anticipo de sus honorarios —indicó, a la vez que se ponía en pie—. Gracias por todo, señor Russendyll. Siga investigando, se lo ruego.

—Haré todo lo que me sea posible —respondió él.

CAPITULO V

Tendido de pecho sobre el suelo, a unos ochocientos metros de distancia, Russendyll contemplaba la residencia de Selena Krafton, la antigua domadora de serpientes. Aunque había estado allí de noche, el lugar, visto durante el día, cambiaba bastante.

En primer lugar, estaba la tapia, que ocultaba las vistas de lo que sucedía en el interior del recinto a los viandantes próximos. Luego venía el jardín, bastante descuidado, con un ancho sendero central y una gran explanada en uno de los lados, para que pudieran estacionar los coches de los adoradores de Madre Pythonia.

Después estaba la casa, grande, de aspecto un tanto destartalado, con porche en la parte anterior, pintada de blanco y con tejas rojas, con cuyo conjunto desentonaba la cúpula opaca de la construcción posterior. La cúpula se apoyaba en un edificio adosado a la casa, de forma cúbica, sin ninguna ventana. Había, sin embargo, una puerta en la trasera, que era la que habían utilizado para acceder al anfiteatro donde se había celebrado el «sacrificio» de la traidora a Madre Pythonia.

Pero ahora había algo más, y Russendyll creía que no estaba la vez en que asistió a aquella estrambótica ceremonia. Tratábase de una especie de barracón rectangular, con tejado a dos alas, de unos veinte metros de largo, por la mitad de ancho. Lo curioso de todo era que el barracón carecía por completo de aberturas, y que no había siquiera una puerta, aunque supuso debía hallarse en el punto donde una de las paredes más estrechas se adosaba al edificio principal. El barracón, estimó Russendyll, debía contar con un buen sistema de iluminación y acondicionamiento de aire.

«Si es que allí se hace algo», pensó.

Porque no parecía fuese destinado a simple cobertizo para guardar las herramientas de jardinería. Para garaje, resultaba demasiado grande, si sólo se destinaba a guardar uno o dos coches que, como máximo, debía poseer la propietaria. Y si pensaba guardar allí los de los asistentes a la ceremonia, entonces el lugar resultaba exiguo en dimensiones.

Se preguntó si resultaría conveniente asistir a la próxima ceremonia. De todos modos, era prematuro tomar una decisión; Syphara no había enviado todavía su aviso.

¿Valía la pena buscar la ocasión de contactar con ella particularmente? El peligro estribaba en que Syphara sabía quiénes asistían a sus ceremonias.

Un tanto confuso, porque era uno de los casos más complicados que se le habían presentado jamás, se dispuso a retirarse. Tendría que reflexionar mucho, para llegar a una conclusión.

¿Y si luego resultaba que el hermano de Phoebe había tenido éxito con su chantaje y, con dinero abundante en el bolsillo, había querido desaparecer de la ciudad una buena temporada?

Desazonado, se retiró discretamente de la colina.. Luego, como un amante de la naturaleza que hubiera salido a dar un paseo por el campo, caminó cosa de media milla, hasta llegar al lugar donde había dejado estacionado su automóvil, fuera de la carretera. Inmediatamente, emprendió el regreso a la ciudad.

* * *

La puerta del laboratorio se abrió. Leonard Lane avanzó unos cuantos pasos, hasta situarse junto al lugar donde trabajaba el doctor Varia. El científico se hallaba tan absorbido en su trabajo, que 110 se dio cuenta de que tenía compañía hasta pasado un buen rato.

De pronto, levantó la cabeza del microscopio con el que estudiaba algo, y divisó a Lañe.

—Podía haber llamado, por lo menos —gruñó, enojado.

—Lo siento, doctor —sonrió Lañe—. Me imaginé que estaría muy ocupado, y preferí entrar en silencio. No le he estorbado, supongo.

Varla emitió un bufido.

—Me ha cortado el hilo de mis pensamientos —rezongó.

—Oh, vamos, vamos, no sea tan susceptible. Sólo vine a ver cómo marchaban sus trabajos,

—No puedo quejarme. He conseguido algunos avances, muy notables... Pero mejor será que lo vea Usted mismo.

—Gracias, doctor.

Varla abandonó el taburete en el que se hallaba sentado, y caminó unos cuantos metros. Encima de una gran mesa alargada; había un cajón, tapado con fundas de tela. Antes de .quitar la funda, Varla apagó la mayor parte de las lámparas que iluminaban el local.

—Demasiada luz daña sus retinas, por ahora muy delicadas—dijo.

Lane asintió. Varla retiró la funda, y la jaula quedó al descubierto.

Algo se agitó en su interior. Lane respingó primero. Luego sonrió.

—Oiga, esto es maravilloso...

—Sin falsa modestia, soy un genio —dijo Varia. Volvió a cubrir la jaula y añadió—: Es preciso dejar que convalezca de su enfermedad.

—Ah, está enfermo.

—En realidad, no, pero es un proceso que causa ciertos trastornos en su organismo, por lo cual conviene dejarle que se habitúe a su nueva situación, durante un tiempo. Dentro de un par de semanas, será un animal perfectamente sano.

—Magnífico, doctor —sonrió Lañe—. Siga, se lo ruego. Ah, y si le falta algo, no dude en decírmelo. Estamos aquí para complacerle, ¿sabe?

—Es usted muy amable, Leonard.

* * *

—La situación es ésta: su hermano ha desaparecido, pero no sabemos absolutamente qué ha sido de él. Una denuncia a la policía no serviría de nada: Syphara negará rotundamente saber nada de su hermano. Y no habiendo pruebas circunstanciales de un delito, que permitan proseguir las investigaciones de un modo oficial, no se puede hacer nada.

Phoebe asintió pesarosamente. Russendyll continuó:

-He estado vigilando la residencia, con la ayuda de unos prismáticos. Allí no sucede nada de particular. Sólo he visto una construcción nueva, seguramente prefabricada, que -no estaba el día en que asistí a una de esas ceremonias. No entiendo cuál pueda ser su objeto, ya que se trata de un barracón corriente, aunque con la peculiaridad de que carece de puertas y ventanas.

—¿No lo destinarían a la fabricación de billetes falsos?

—Si hicieran una cosa así, buscarían un sitio más discreto. Pero se me ha ocurrido una idea.

—Dígame de qué se trata, por favor —pidió la chica.

—Puede costarle algún dinero. En realidad, se trata de un soborno..., y aún no sabemos si la persona a la que se lo voy a proponer, aceptará. Pero podemos intentarlo.

—¿Cuánto costará? —preguntó Phoebe, sin pestañear.

—Voy a ver si lo consigo por mil dólares. Pero quizá tenga que darle más...

Impasible, Phoebe sacó un talonario de cheques, y escribió una cifra.

—Mil quinientos —indicó—. Usted me rendirá cuentas, más adelante.

Con la misma seriedad, Russendyll extendió un recibo, y se lo entregó a la joven.

—Me pondré en contacto con usted, apenas sepa algo —manifestó.

* * *

Los ojos de Ginny Bates chispearon de alegría, al reconocer a su visitante.

—Alan —exclamó—. No te esperaba...

—Así resulta más agradable la sorpresa, me parece —contestó él.

—Claro que sí, cariñito. Entra, por favor, no te quedes en la puerta... ¡Me has traído flores! —Dijo la joven, a la vez que se apoderaba del enorme ramo de rosas que Russendyll sostenía con su mano izquierda—. Dispensa un momento, voy a ponerlas en agua... Pero sírvete de beber, si te apetece.

Ginny buscó un jarrón y colocó el ramo. Luego empezó a arreglar las flores, para que el conjunto tuviera mejor aspecto. Entonces, sintió unas manos que se posaban en sus costados.

Las manos avanzaron hacia la parte delantera del cuerpo femenino. Luego iniciaron el ascenso hacia los dos montículos gemelos, cubiertos con unos trocitos de tul negro.

Ginny suspiró ardientemente, sin protestar cuando los hábiles dedos del

visitante dejaron sus hermosos senos sin el menor velo.

—Alan, ¿qué quieres? —preguntó, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué puede querer un hombre joven y no mal parecido, de una mujer joven y muy apetitosa?

—Me estás haciendo proposiciones deshonestas —bromeó ella.

—Pero de efectos muy agradables.

La bata cayó al suelo y le siguió el breve pantalón negro. Ginny quedó totalmente desnuda.

—Me voy a ruborizar —dijo.

—Te vi sin ropa el día en que te dejaste «devorar» por Madre Pythonia —rió él.

De pronto, Ginny se volvió, echó los brazos al cuello del joven, y buscó su boca con verdadera voracidad. Pegada por completo al cuerpo de Russendyll, movía el suyo con lentas ondulaciones, terriblemente excitada. De repente, sin poder contenerse más, corrió al diván y se tendió boca arriba.

—¡Aquí mismo! —clamó—. Ven, ven pronto, Alan...

Pasado un largo rato, Russendyll se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en el cálido seno de la joven.

—Tengo que pedirte un favor, pero lo recompensaré adecuadamente —dijo el joven.

—¿De qué se trata, Alan? —preguntó Ginny, mientras acariciaba lánguidamente una de las mejillas de Russendyll.

—Syphara te paga mil dólares por sesión, ¿no es así?

—Bueno, la verdad es que quise presumir... La cifra auténtica es la mitad.

—Quinientos.

—Exacto.

—Yo voy a darte mil, ahora mismo. Pero quiero que me ayudes.

Ginny se incorporó sobre un codo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Por lo que deduzco, Syphara te llamará pronto. Es posible que tengas que desempeñar la comedia de dejarte devorar por la serpiente. Cuando termina la función, tú esperas a que se hayan ido los clientes para salir del interior de Madre Pythonia, ¿no es así?

—Justamente.

—Se trata de un hombre llamado Rube Dunstan. Desapareció hace casi cuatro meses. No sabemos qué ha sido de él. Pero Syphara, me imagino, tiene unos archivos.

—Sí, aunque están constantemente bajo llave...

—Me lo suponía. Lo único que me interesa es que localices esos archivos. Claro que, si averiguas alguna otra cosa de interés, puedes decírmela también. En cuanto a los archivos, yo me ocuparé de abrirlos.

—¿Asistirás a la ceremonia?

—Sí, pero me marcharé con los demás, cuando llegue mi turno. Estaré aguardándote en mi casa. Eso es todo, Ginny.

—Todo, no —contestó ella.

De pronto, rodó sobre sí misma y quedó encima del joven, ambos sobre la alfombra. Irguiéndose ligeramente, mostró orgullosa sus senos.

—Alan.

—Dime, preciosa.

—Sigamos la fiesta.

Russendyll la hizo caer sobre sí, y buscó su boca ávidamente.

* * *

El ratoncillo se agitaba, sostenido por las pinzas que Lane tenía en la mano derecha. Con la izquierda, se disponía a abrir la jaula en la que se hallaba la serpiente.

La puerta del despacho se abrió bruscamente.

—Leonard —dijo Varia.

—Hola, doctor —contestó el aludido, sin volver la cabeza—. Estoy viendo esta preciosa serpiente, y pensaba qué tal sentaría como adorno en mi brazo izquierdo.

Lane dejó el ratoncillo sobré una cajita, que tapó cuidadosamente, y luego se quitó la chaqueta y empezó a subirse la manga de la camisa. Al terminar, se dispuso nuevamente a abrir la tapa de la jaula.

Entonces, Varla lanzó un grito:

—¡No lo haga!

Lane se volvió.

—Es inofensiva, doctor. Syphara la tiene para juguetear con ella delante de sus clientes...

—Le ha engañado. Esa serpiente es un áspid.

—¿Qué...? —jadeó Lañe.

—Si le muerde, puede considerarse muerto, antes de dos minutos. Y sin remisión, desde luego.

Lane emitió un rotundo juramento.

—Esa zorra... —maldijo entre dientes—. Dijo que es inofensiva.

—Repito que le engañó. La picadura del áspid es fulminantemente mortífera. Ni siquiera una serpiente de cascabel puede compararse con ese reptil.

Los dientes de Lane estaban muy apretados.

—Pero... si yo la he visto juguetear con la serpiente... Ella tendría que haber muerto una docena de veces...

—Tal vez usa algún repelente. Pero, por si acaso, le aconsejo que no se ponga al alcance de sus colmillos, Leonard.

—Gracias, doctor. Le aseguro que tengo ganas de ajustar las cuentas a esa pájara... En su momento, claro —dijo Lañe, haciendo un esfuerzo para dominarse.

Sacó el ratoncillo nuevamente de su encierro y lo dejó caer en el interior de

la jaula. Con morbosa delectación, contempló la breve agonía del múrido, que falleció a los pocos segundos, tras sufrir una serie de espantosas convulsiones, una vez mordido por el áspid. Luego, el reptil se dispuso a deglutir su presa tranquilamente.

—¿Y bien, doctor? —dijo Lañe—. ¿Sucede algo de particular?

Varla sonrió, satisfecho.

—Acompáñeme al laboratorio —pidió—. Tengo que enseñarle algo verdaderamente sensacional.

CAPITULO VI

La sesión terminó con las ceremonias y clamores de costumbre. Luego, los asistentes, por parejas o individualmente, iniciaron la retirada. A su debido tiempo, Russendyll depositó su óbolo en la cesta que había junto a la entrada.

Al llegar a su coche, se quitó la capucha y la túnica. Cuando se disponía a arrancar, otra persona, vestida de la misma manera, se sentó a su lado.

—Siga, siga, no se detenga —indicó Phoebe, a la vez que se despojaba de la capucha.

Russendyll parpadeó.

—¿Qué hace aquí, muchacha?

—Sentía curiosidad por contemplar una de estas ceremonias —contestó ella, con todo desparpajo.

—Pero,.. habrá venido en algún coche...

—Un taxi me trajo hasta las inmediaciones. Luego lo despedí y seguí a pie. Pude entrar sin ninguna dificultad, créame. Oiga, la tal Syphara es bastante descuidada.

—Confía en sus adeptos —sonrió Russendyll—. Pero, los ropajes...

—Me los hice yo misma. No se diferencian de los demás. Total, fabricarse una capucha con dos agujeros para los ojos y una túnica que llegue hasta los pies, no es cosa del otro mundo. Alan, la chica lo hizo muy bien.

—¿Se refiere a Ginny Bates?

—No había otra en el pozo de la serpiente, me parece.

—Está habituada ya.

—¿Le pagan mucho?

—Quinientos dólares por sesión.

—No lo hace mal, aunque me parece que debería gritar un poco...

—Se deja «devorar» en silencio, abrumada por los «remordimientos» de su culpa —rió el joven.

—Sí, aunque esa función tiene un defecto, a mi entender.

—¿Cuál, por favor?

—Otro ha podido verla antes, y pensar que le están tomando el pelo lindamente...

—Cuando a Ginny le toca ser «devorada», todos los asistentes son completamente nuevos.

—Como yo, pero no como usted.

—No se lo dije a Syphara, claro.

—La chica es guapa. A más de uno se le habrán saltado los ojos, al verla desnuda.

—Sí, es muy atractiva.

—¿Le gusta?

—Como toda mujer hermosa, Phoebe. Incluida usted, naturalmente.

—Eh, no trate de conquistarme...

—Hizo una pregunta y se la he contestado.
—Sí, tiene razón. Alan, ¿cuándo podrá darme más noticias?
—Quizá esta misma noche. Al menos, antes de que se haga de día. Ginny será mi informador.
—Oh, entiendo. ¿Puedo esperar en su casa?
—Será un placer —accedió el joven.

* * *

Syphara sonrió.
—Lo has hecho muy bien, Ginny —dijo, a la vez que le entregaba cinco billetes.
—La gente se lo tragó sin rechistar —contestó ella, riendo—. Bien, hasta la próxima, ¿no?
—Ya te llamaré. Buenas noches, Ginny.
—Buenas noches, Syphara.
Ginny se encaminó hacia la puerta, abrió, pasó al otro lado y cerró, pero no por completo. Al volver la cabeza, había podido divisar a Syphara encaminándose hacia el interior de la casa.
Las luces del vestíbulo se apagaron. Ginny entró y cerró con todo cuidado. Luego se ocultó en un rincón, y dejó pasar un buen rato, hasta que tuvo la seguridad de que no sería molestada.
Entonces, paso a paso, avanzó hacia el interior. Se había provisto de una pequeña lamparita, y la utilizó para alumbrarse y evitar tropezones inoportunos. Así pudo llegar sin dificultad al despacho de Syphara, en donde no encontró nada de particular.
Ginny se mordió los labios, mientras se preguntaba dónde podían estar los archivos. Al cabo de unos segundos, abandonó el despacho, sin lanzar siquiera una mirada al áspid que dormitaba apaciblemente sobre su lecho arenoso. Había visto la serpiente demasiadas veces para impresionarse por ella.
Salió del despacho y vaciló un poco. A la derecha divisó una puerta que le pareció no estaba la última vez en que había ido a aquella casa. Sin vacilar, se acercó a la puerta y la abrió.
Casi en el acto, se sintió asaltada por una bocanada de aire caliente y húmedo, además de un olor dulzón, que no tenía nada de agradable. Con ojos desorbitados por el asombro, contempló el interior de aquella vasta estancia. No le cabía la menor duda; era el cobertizo que le había mencionado Russendyll. Pero Alan no tenía la menor idea de lo que había en aquel lugar.
Sintió un terrible pánico. Las cosas que tenía ante sus ojos eran demasiado horripilantes. Parecían la creación de un pintor demente. Y estaba segura de que no se trataba de aparatos mecánicos, como Ia serpiente artificial que representaba a Madre Pythonia.
Maquinalmente, había avanzado un par de pasos en el interior del

laboratorio. De pronto, oyó un chasquido a su derecha.

Una jaula se había abierto. El animal que había en su interior se agitó horriblemente. .

Ginny chilló. Dio media vuelta, pero, en el mismo instante, vio que se cerraba la puerta.

Saltó hacia adelante, golpeando la puerta con los puños, a la vez que pedía socorro desesperadamente. De súbito, sintió que algo subía por sus piernas.

Gritó frenéticamente. La cosa llegó hasta sus hombros. Bruscamente, Ginny lanzó un aullido aterrador a! sentir una especie de agudísimo mordisco en la base del cuello. Enloquecida de miedo, se desmayó. Cuando perdía el conocimiento, se dio cuenta de que iba a morir.

Mucho más tarde, Lane abrió la puerta. Llevaba en las manos dos largos palos, planos, unidos en forma de pinzas, con los cuales cogió al animal que todavía estaba encima de Ginny, la cual había quedado boca abajo.

Detrás de Lane apareció Varia.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —protestó coléricamente.

—Esa entrometida se puso a curiosear —respondió Lane con frialdad—. Tuve que soltar al bicho, eso es todo.

—Lo que ha pasado, puede perjudicarle —dijo Varia.

—«Construya» otro, en tal caso. Tiene tiempo de sobra. Y dinero no le falta, me parece.

Los ojos del científico contemplaron un instante el cuerpo inmóvil sobre el suelo de cemento. La piel de Ginny había adquirido un horrible color violáceo.

De repente, llegó Syphara, envuelta en una bata. Vio a Ginny inmóvil, con aquel terrible aspecto, y estuvo a punto de desmayarse. Pero su horror subió de punto al contemplar el espantoso animal que se hallaba en el interior de la jaula.

—Dios mío... —murmuró.

Lane agarró a la mujer por un brazo.

—Esa zorra se metió aquí a curiosear —dijo coléricamente— , Rebasó sus atribuciones, ¿comprende?

—Pero...

Lane empujó a la mujer con violencia.

—Vamos al despacho; allí hablaremos —ordenó.

Syphara se dejó llevar, como en sueños. Una vez en la estancia, Lane se encaró con ella.

—Tendrá que buscar otra ayudante, si quiere seguir con su ridículo espectáculo. No nos meteremos con sus estafas, pero usted tiene que dejamos seguir adelante con nuestro trabajo. ¿Está claro?

Syphara, algo más repuesta, apretó los labios.

—¿Y dónde encuentro yo otra ayudante? —barbotó, furiosa.

—Eso es cuenta suya. Cuando la haya contratado, adviértale estrictamente de sus obligaciones, y dígale que no se extralimite. Y, otra cosa, Syphara.

—¿Sí?

—Usted me engañó. Ese bichito que tiene en la jaula no es una serpiente inofensiva.

—Bueno, ¿y qué? ¿Le ha hecho algo?

—No, pero...

La puerta 'del despacho se abrió en aquel momento. Tyoko dio un par de pasos y se detuvo, un tanto turbado.

—Oh, perdón... No sabía que estuviese aquí, hablando con la señora...

—Deberías haber llamado antes, Tyoko —dijo Lañe, con el ceño fruncido —. ¿Qué es lo que sucede ahora?

—La chica curiosa. ¿Qué hacemos con ella?

Mientras los dos hombres hablaban, Syphara había retrocedido unos pasos y ahora estaba manipulando sigilosamente en la jaula del áspid. Levantó la tapa en silencio y agarró la serpiente por la base del cuello. El áspid, irritado por la repentina interrupción de su descanso, coleteó furiosamente.

—Bueno, no hay más que una solución, Tyoko. Un pico, una pala y...

De súbito, Tyoko lanzó un agudo chillido:

—¡Cuidado jefe!

Lane se volvió, justo en el instante en que Syphara le arrojaba el áspid a la cara. Pero Lane era muy ágil, y pudo esquivar aquel inesperado lanzamiento, agachándose velocísirnamente.

En cambio, el oriental, sorprendido, fue mucho más lento. La serpiente golpeó en la parte superior de su pecho. Tyoko, instintivamente, quiso apartarla de su cuerpo a manotazos, pero antes de que pudiera conseguirlo, sintió un par de pinchazos en la mejilla izquierda.

El animal cayó al suelo. Tyoko le aplastó la cabeza de un furioso taconazo. Luego se llevó una mano a la mejilla.

—Me ha... mordido... —dijo, espantosamente pálido.

Lane apretó las mandíbulas.

—Ven, iremos al doctor Varia...

—Es inútil —dijo Syphara fríamente.

Tyoko lanzó un horripilante alarido, al comprender lo irremediable de su suerte. Enloquecido por el pánico y también por la furia, quiso sacar la pistola que llevaba bajo la chaqueta, pero un temblor convulsivo que le acometió repentinamente le hizo estremecerse de pies a cabeza.

—No, no... —sollozó, mientras se derrumbaba al suelo.

Mientras Tyoko agonizaba, Lane se acercó a Syphara, con los brazos extendidos y las manos abriéndose y cerrándose convulsivamente.

—Debería matarte... —jadeó.

—Pero no lo harás —se burló ella—. Me necesitas.

Lane enrojecía y palidecía alternativamente. Syphara se acercó a él, y le besó con absoluta impudicia.

—Me necesitas..., en todos los sentidos... —dijo cálidamente—, Si me matases, mis clientes notarían mi ausencia. Alguno de ellos se sentiría

inclinado a avisar a la policía...

—Se comprometería a sí mismo.

—Hay denuncias anónimas, no lo olvides.

Los dientes de Lane crujieron.

—Ginny ha muerto por su curiosidad. Necesitarás otra ayudante...

—La encontraré, no te preocupes. Y tú me necesitas...

Lane se sintió acometido, de repente, por un vértigo indescriptible. Arrancó a puñados la ropa de la mujer, y la arrojó al suelo. Junto al cadáver de Tyoko, se poseyeron mutuamente, en una explosión de salvaje lujuria.

CAPITULO VII

Alan Russendyll despertó, de pronto, sintiendo un vivo dolor en el cuello. Tardó unos segundos en comprender que se debía a la postura. Había pasado la noche en el diván, mientras aguardaba la llamada de Ginny Bates. Sentíase un tanto entumecido, y se dio unos cuantos masajes, hasta que volvió a recobrar la flexibilidad de los músculos.

Phoebe se hizo visible en aquel instante, fresca y lozana como una rosa.

—¿Nada?

Russendyll hizo un gesto negativo.

—Hasta ahora, silencio —respondió—. Iré a su casa.

—Antes, sin embargo, desayunaremos —sonrió la chica.

Russendyll se puso en pie.

—Usted es muy madrugadora —observó.

—Ya he dormido lo suficiente. Ande, vaya al baño; tiene cara de difunto.

—Pues me siento muy vivo —sonrió él.

Después del desayuno, Russendyll, sin embargo, quiso hacer una llamada telefónica. Ginny no contestó.

—Es extraño —murmuró—. Solía volver a casa, después de cada sesión.

—Se habrá encontrado con algún conocido —dijo Phoebe maliciosamente.

—No, no lo creo.

—Bien, de todas formas, ¿por qué no vamos a verlo? —propuso ella.

—Sí, será lo mejor.

Minutos después, salían de casa. Russendyll condujo su coche hasta el edificio dónde vivía Ginny. Una vez ante la puerta de su apartamento, tocó el timbre, pero no contestó nadie, pese a sus llamadas insistentes.

—A esa chica le ha ocurrido algo —gruñó el joven—. Vamos a preguntar al conserje.

Descendieron a la planta baja, y se acercaron al mostrador. El conserje les atendió amablemente.

—¿La señorita Bates? Oh, se ha despedido esta misma mañana —contestó el hombre.

Russendyll levantó las cejas.

—¿Quiere decir que se ha marchado de la ciudad?

—En efecto, así es, señor.

—¿Adonde se ha ido? —intervino Phoebe.

—No lo sé, señorita; no me lo ha dicho el hombre que vino a buscar su equipaje, muy temprano. Casi no había amanecido todavía...

Russendyll se atiesó al oír la respuesta.

—Dice que vino un hombre a recoger su equipaje.

—Sí, señor. Por cierto, que tuve que levantarme antes de tiempo, pero me dijo que a la señorita Bates le había salido un importantísimo contrato y que debía actuar muy pronto, por lo que tenía prisa en tomar el avión. No me dijo

para dónde, por supuesto, aunque sí pidió la cuenta y abonó todas las deudas de alquiler del apartamento y demás. Era un hombre correctísimo, de mucha clase, si no le ofende la comparación.

—En absoluto, amigo —contestó Russendyll—. Por favor, ¿puede describirme a ese caballero?

—Oh, era alto, como usted, aunque tenía algunos años más..., yo diría unos cuarenta; delgado, con un bigote fino, algo pasado de moda, y vestía con elegancia, aunque discretamente... El mismo subió al apartamento de la señorita, y se llevó dos maletas con todo su equipaje.

—Oiga, ¿no le parece un poco raro que no viniera la señorita Bates en persona a recoger sus cosas?

—Quizá sí, pero ese caballero se mostró tan persuasivo...

«Te dio una buena propina, granuja», pensó Russendyll en el acto. Luego sonrió.

—¿Le importa que echemos un vistazo al apartamento de la señorita Ginny?

—Quizá a mí me gustaría quedármelo, si está desalquilado —dijo Phoebe rápidamente.

Russendyll agradeció mentalmente la excelente idea de la chica. Y, para convencer al conserje, le entregó dos billetes de diez dólares.

El hombre les dio !a llave, segundos más tarde.

—Véanlo a su gusto —dijo cortésmente.

Cuando estaban en el ascensor, Russendyll se volvió hacia la muchacha.

—Lo que vamos a hacer, en realidad, es registrar el piso —manifestó.

Phoebe asintió.

—Pero tú sospechas que ha podido ocurrirle algo malo —dijo.

—Hablando sinceramente, sí.

—Entonces, el caballero bien educado habrá evitado dejar el menor rastro comprometedor, tenlo por seguro.

—A pesar de todo, debemos intentarlo.

—En eso estoy de acuerdo, Alan.

Algo más de una hora después, se sentaron en una cafetería cercana, completamente desalentados.

—No hemos encontrado nada —dijo la chica.

—El caballero elegante supo actuar con gran habilidad —reconoció Russendyll—, Ignoro de quién pueda tratarse, pero creo que podré conseguir algo, empleando otro método.

—¿Cuál es ese método?

—No me gusta demasiado, pero creo que no voy a tener otro remedio que intentar entablar relaciones con Selena Krafton, alias Syphara. Y esto puede resultar largo, te lo advierto de antemano.

—No me importa esperar todo el tiempo que sea necesario —declaró Phoebe—. Lo que quiero es saber, de forma definitiva y sin lugar a dudas, la suerte que pudo correr mi hermano Rube.

—Quizá —dijo Russendyll, mientras se acariciaba pensativamente el mentón— Ginny ha sufrido una suerte muy parecida.

Phoebe se estremeció.

—Ambos han sido asesinados.

—Es muy posible.

Hubo un instante de silencio. Russendyll observó que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero si los han asesinado, ¿por qué? —gimió.

Russendyll meneó la cabeza. No encontraba la respuesta apropiada para aquella pregunta.

* * *

El señor y la señora Bochlin habían salido aquel día al campo. Componían un matrimonio maduro, dos personas equilibradas, que habían dejado atrás los floridos días de la juventud. La pasión había desaparecido, pero había sido sustituida por un amor perfecto, apacible, una agradable comprensión entre dos seres que llevaban juntos muchos años. El coche había quedado fuera de la carretera, a la sombra de un árbol. La señora Bochlin, Ruth de nombre, había preparado en el suelo un mantel, sobre el que había puesto un par de fiambreras y otros tantos termos, además de los cubiertos de tipo campestre. Como era pronto para la comida, su esposo, Ben de nombre, un tanto aficionado a la caza, se había alejado con su escopeta por las lomas vecinas.

Mientras su esposo intentaba cazar inútilmente algún conejo, Ruth Bochlin estaba sentada a la sombra de un árbol, no lejos de la hondonada por la que corría un diminuto arroyuelo. El coche había quedado en la ladera opuesta, dado que el terreno era lo suficientemente accidentado para no poder permitirle el paso hasta aquel lugar.

Ruth Bochlin estaba muy entretenida con un libro y la música suave que brotaba del aparato de radio que había llevado consigo. Deseaba sinceramente que su esposo cazase algún conejo. Así podría presumir en las reuniones que celebraban periódicamente con un grupo de matrimonios amigos.

Y ella, por supuesto, también presumiría, describiendo la forma en que había guisado el conejo. Sus amigas se relamerían de envidia y...

El tiempo se le pasó rápidamente, entretenida con la lectura y la música. De pronto, consultó el reloj. Era hora ya de que volviese su marido. Le había prometido no tardar más de una hora; era la única condición que ella le había impuesto, al acceder a acompañarle en la excursión, cosa que, por otra parte, también le agradaba extraordinariamente. ¡Había tanta paz y tanta calma en aquellas colinas! Estaban relativamente cercanas a Los Angeles, pero le parecía hallarse en un mundo completamente distinto del que se desenvolvían habitualmente.

De súbito, oyó un crujido en las inmediaciones.

Levantó la cabeza. El horror que acometió su espíritu la dejó

completamente petrificada.

Aquel monstruoso animal la contemplaba con sus menudos ojillos negros, desde unos cuantos metros de distancia. Ruth vio sus afilados colmillos y sintió un terrible escalofrío, al pensar en el inminente ataque. Los colmillos desgarrarían su carne...

Repentinamente, estalló un disparo.

El animal cayó por el suelo y se revolvió, a la vez que emitía unos indescriptibles chillidos. Ruth se puso las manos en la boca para no gritar. La bestia, herida gravemente, pero no muerta, se revolcaba atrozmente.

Estalló otra detonación. Con singular sangre fría, el señor Bochlin recargó su escopeta y disparó dos veces más. El monstruo dejó de moverse.

—He llegado a tiempo, parece —dijo.

Ruth se levantó. Temblaba convulsivamente.

—Ben, querido, ¿de dónde ha salido ese monstruo infernal?

El señor Bochlin, a pesar de la serenidad mantenida en todo momento, no dejaba de sentirse también sumamente impresionado.

—Es increíble —dijo—. Nunca había visto un animal de semejantes dimensiones..., ¡tan grande como un carnero!

Ella se le abrazó con fuerza.

—Ben, tenemos que marcharnos... Hemos de avisar a la policía... Deben saber lo que ha sucedido aquí...

—Sí —convino el marido—. Recoge todo, pronto. Yo te ayudaré. No faltan patrullas en las inmediaciones.

Minutos después, los señores Bochlin abandonaban el lugar. Casi en el acto, dos hombres, armados con sendas pistolas, aparecieron en el mismo sitio.

—¡Ahí está! —gritó el doctor Varia.

—Muerta, parece —observó Lañe.

—A consecuencia de los tiros que hemos oído... —Varla se acercó al animal muerto, y lo observó durante unos segundos—. Escopeta de caza —dictaminó, después de algunos instantes—. Pero ¿es que hay cazadores por estos parajes?

—Doctor, despreocúpese de los cazadores, por el momento. El que ha matado al animal, avisará a la policía. Vendrán aquí y ¿se imagina lo que sucederá?

—Tenemos que llevárnosla...

—Ni hablar. En primer lugar, pesa demasiado. Después, quedarían manchas de sangre, que confirmarían la historia que puedan contar esos cazadores. Hay una solución mejor.

En aquel lugar, abundaban las ramas secas, aparte de que el suelo estaba cubierto por una espesa capa de agujas de pino, también secas en su inmensa mayoría. Cuando Varla vio a Lane amontonar el ramaje sobre la bestia muerta, protestó Con todas sus fuerzas:

—Si la quema, no podré estudiar...

—Lo que sobran son bichos para que prosiga sus experimentos —dijo Lañe—, El fuego es nuestra única solución, doctor. ¡Maldita sea, si no hubiera sido tan descuidado con su jaula!

—Había crecido demasiado, y era ya muy fuerte —alegó Varia.

Inclinándose, Lane arrimó la llama del fósforo a un puñado de agujas de pino, completamente secas. El fuego se extendió con rapidez.

—Es poca leña —objetó Varia.

Lane hizo un amplio ademán con la mano.

—Hay mucho bosque por aquí —replicó—. Antes de que lleguen los servicios forestales contra incendios, esto habrá ardido por completo. ¡Vámonos, rápido, antes de que sea demasiado tarde!

El montón de ramas era ya una hirviente hoguera. Una llamarada subió a lo alto y prendió en las ramas bajas de un pino, reseco por el calor de los últimos días. Lane contempló, satisfecho, el resultado de su obra. Cuando los forestales apagaran el incendio, ya no quedaría el menor rastro del animal muerto.

Los Bochlin habían alcanzado ya la carretera. Antes de enfilar la ruta de Los Angeles, el esposo volvió la vista y divisó una alta columna de humo, que se elevaba desde el lugar donde habían decidido pasar buena parte del día.

Inmediatamente, comprendió lo ocurrido.

—Ruth, voy a decirte algo —exclamó—. No cuentes a nadie lo que hemos visto; nadie te creería. Incluso podrían pensar que somos nosotros los culpables de ese incendio forestal. ¿Entiendes?

Ruth vio también la humareda y asintió.

—Callaré..., pero me parece que tardaré mucho tiempo en olvidar esa horrible visión —respondió.

—Hay sedantes —indicó el marido significativamente.

* * *

Syphara se movía poco de su residencia. Russendyll supuso que alguien le llevaría las provisiones que necesitaba. La posibilidad de un fingido encuentro fortuito empezaba a alejarse cada vez más y, ciertamente, no encontraba otro procedimiento mejor para entablar contacto con aquella mujer.

Inesperadamente, un par de semanas más tarde, recibió una llamada de un antiguo conocido suyo:

—Alan, soy Eddie.

—Hola, Ojo de Halcón —dijo Russendyll jovialmente—. ¿Cómo marchan tus negocios?

—Psé... No puedo quejarme. Escucha, te llamo para decirte algo que puede interesarte.

—Bien, adelante, Eddie. ¿De qué se trata?

—Hace tiempo, viniste a ver mi álbum, porque te interesaba una fulana. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente. ¿Qué más?

—Esa chica, Ginny Bates, tenía, por lo visto, un empleo, para actuar desnuda en no sé qué reuniones. Una especie de danza artística o algo así.

Russendyll sonrió.

«Si supieras la verdad...», pensó.

—La recuerdo perfectamente. Hablé con ella, pero se ha marchado de Los Angeles —contestó.

—Sí, algo de eso hay. El caso es que Syphara ha venido a verme, porque necesita una colaboradora guapa y bien formada, que no le importe mostrarse desnuda ante un grupo de personas. Dice que pagará seiscientos dólares por sesión, un par de veces al mes, y que no tendrá que someterse a caprichos raros ni cosas por el estilo. A menos que ella quiera, pero siempre fuera de su casa.

—Bien, ¿qué le has contestado tú?

—Le he dado largas, diciendo que debo estudiar la chica que más le conviene, porque sé que el caso te interesa. Pero temo que no podré demorar la respuesta por mucho tiempo.

—Ella tiene que volver a verte, supongo.

—Sí. Dijo que me llamaría Ia semana próxima, para acordar una cita con la posible aspirante al empleo. ¿Qué le contesto, Alan?

Russendyll meditó unos instantes.

—La semana próxima... Eso nos da seis días de tiempo, siete, como máximo, ¿no?

—En efecto.

—Yo te llamaré antes, Eddie. Gracias por la noticia.

—Ha sido un placer, Alan.

Russendyll colgó el teléfono nuevamente. ¿Querría Phoebe aceptar el empleo? Y si aceptaba, ¿no correría un gravísimo riesgo?

Tendría que explicárselo con todo detalle, se dijo. Phoebe debería tomar una decisión por su cuenta. Era la persona más indicada para colaborar en el caso.

CAPITULO VIII

—De modo que esto es lo que provoca el crecimiento —dijo Lañe.

Rebosando orgullo por todos los poros de su cuerpo, el doctor Varla alzó con la mano el frasquito que contenía un líquido de color rojo, muy transparente y bastante espeso, sin embargo. La cabida del frasco era de unos cincuenta centímetros cúbicos.

—Así es —contestó—. Basta una dosis diaria de un milímetro cúbico, para que el animal objeto del experimento aumente de volumen con notable rapidez. Quiero decir que ese aumento no se produce de forma instantánea, sino gradual, pero, en todo caso, con una rapidez muy superior a la normal.

—Así, pues, por ejemplo, un ratoncito...

—Necesitará un mes para alcanzar el tamaño de un carnero.

—Comprendo. La droga se suministra con el alimento, naturalmente.

—En efecto, así es. Hay que preparar comida para cuatro días. Con una gota, es más que suficiente para ese lapso de tiempo.

—Ya —murmuró Lañe—. Oiga, doctor, ¿qué pasaría si un animal tomase una dosis mayor, digamos, por ejemplo, un centímetro cúbico?

—Oh, sería algo horrible...

—Bueno, dígamelo —sonrió Lañe.

Varla dio la respuesta esperada. Ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta del laboratorio estaba entreabierta, y que unos ojos curiosos escrutaban ávidamente la conversación.

Syphara se retiró discretamente, sin que su presencia fuese advertida por Lane y el doctor. Al volver a su despacho, se sentó tras la mesa y empezó a pensar en la forma mejor de tomarse el desquite de las humillaciones de qué estaba siendo objeto, desde el día en que aquella tropa de forajidos, porque no eran otra cosa, estaba segura de ello, habían tomado posesión de su casa, a fin de realizar, sin dificultades ni problemas, sus demoníacos experimentos.

Tendría que esperar el momento adecuado, se dijo. El placer que sentía en los encuentros amorosos con Lane no era sino una sensación física. Lane no le gustaba en absoluto, en los demás aspectos. Cuando lo hubiese enviado al infierno, encontraría otro hombre, por supuesto.

Se echó a reír, en silencio. Si conseguía ejecutar su venganza, se iba a divertir mucho, muchísimo...

* * *

Phoebe se mordió los labios, al oír las explicaciones que le daba Russendyll.

—De modo que yo podría...

—Si quieres —dijo él—. Hay tiempo, de modo que puedes meditar muy bien la decisión, antes de aceptar.

—Tendría que adoptar un nombre falso —alegó la chica.

—Por supuesto. Cohen nos ayudaría a elegir uno, muy sonoro.

—Hay otro obstáculo, Alan —dijo Phoebe.

—Escucha, ya te he dicho... Bueno, esto es como en la guerra, cuando se piden voluntarios para una misión peligrosa. Si no aceptas, intentaremos buscar otra idea, aunque, honradamente, opino que ésta es la mejor. Pero tampoco quiero enviarte a un lugar en el que no te encuentres a gusto. Sin contar con los posibles riesgos, claro.

—Los riesgos no me asustan demasiado, si consigo engañarla. Pero Syphara es muy astuta, tú mismo lo has dicho.

—No es tonta, en efecto —sonrió él—. O no habría conseguido engañar a tantos incautos.

—Alan, sucede una cosa. Syphara deberá ir a la agencia de Eddie. Le pedirá, por lo menos, una fotografía mía. Incluso exigirá que esté desnuda...

—Es que si actúas de «víctima», tendrás que desnudarte.

—Eso ya lo sé y, aunque te parezca raro, no me importa. No conozco a los espectadores, y sólo será una vez, dos como máximo. Pero la fotografía...

Russendyll comprendió en el acto los escrúpulos de la muchacha.

—La fotografía se puede trucar —dijo—. Tu cabeza y el cuerpo de una mujer de figura parecida a la tuya. Eso es lo más fácil de todo. Probablemente, Eddie guardará fotografías de algunas clientes suyas, que ya no actúan en público.

—En ese caso, de acuerdo. Puedes hablar con Eddie cuando gustes. Alan, dime, ¿qué nombre erigirás para mí?

Russendyll meditó unos instantes.

—Pues... Rhoda Fulham —dijo al cabo—. Suena bien y hasta parece distinguido. ¿Qué te parece?

Phoebe sonrió.

—Rhoda Fulham —repitió—. No está mal del todo.

—Además, convendría incluso que te tiñeras el cabello de rubio. Tienes un color de pelo que me parece precioso, particularmente, pero creo que a Syphara le gustan las rubias. Eso cambiaría bastante tus facciones, y te daría una apariencia más espectacular.

Phoebe sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—En tal caso, voy a la peluquería ahora mismo —exclamó.

* * *

Al día siguiente, Phoebe llamó al joven por teléfono.

—Deberías venir a verme. Estoy desconocida —dijo.

—Lo siento, pero debo asistir a una fiesta. Es una invitación que no puedo rechazar. El anfitrión es uno de mis clientes, y no puedo enojarle con una negativa, cuando sabe perfectamente que estoy en condiciones de asistir.

—Podrías llevarme —sugirió la muchacha—. Si me vieras, estoy que

parezco el «adorno» ideal para un hombre joven que asiste a una fiesta. Tu amigo no se enfadaría porque llevases una acompañante bastante atractiva, modestia aparte.

—Imposible. Habrá muchos invitados, y es muy posible que alguno de ellos asista a una de las ceremonias en honor de Madre Pythonia. Phoebe, tienes que empezar a pensar que es un caso bastante complicado, y que debe llevarse con la mayor discreción posible.

—Está bien —se resignó la muchacha—. Tendré que pasar la velada en compañía del televisor.

—Hay muchos programas para elegir —se despidió él, jovialmente.

La fiesta estaba bastante animada y, en uno de los momentos de la misma, Russendyll y el anfitrión conversaron unos minutos, aparte. El anfitrión quería encomendar al joven una investigación sobre una empresa rival, pero esperaba unos datos confidenciales para poder ordenarle que iniciase su trabajo. Russendyll le dijo que lo haría con mucho gusto. Luego, los dos hombres se separaron.

Poco después, se encontró con otro conocido, un abogado con un bufete de notoria importancia, con el que charló durante unos minutos. Al cabo de un rato, el abogado le dijo que hacía algunas semanas, había pensado encomendarle una investigación sobre uno de sus empleados, que había desaparecido misteriosamente, meses antes.

—El fulano tomó fotografías de muchas de mis carpetas confidenciales, pero no tengo noticias de que, hasta ahora, haya vendido sus informes a otra persona.

—Eso te enseñará a ser precavido —dijo el joven, riendo.

—Sí, pero también, si uno no va a confiar en la gente... Royd Kartz llevaba muchos años conmigo. No era abogado, pero había llegado a entender de leyes casi tanto como yo.

—¿Lo denunciaste a la policía?

—Sólo su desaparición, compréndelo. Pero no se han vuelto a tener noticias suyas. Ah, dispénsame, Alan; veo allí a unos conocidos...

Russendyll se quedó solo durante unos segundos. Un hombre se le acercó a los pocos momentos.

—¿Alan?

—¿Cómo está, señor Bochlin? —saludó el joven cortésmente—. ¿Su esposa?

—Bien, gracias; en casa de una hermana, en Arizona. Yo me he quedado solo unos días...

Russendyll apreció que su interlocutor había tomado una copa de más, aunque distaba mucho de hallarse embriagado. También se dio cuenta de que Bochlin quería decirle algo, aunque dudaba en expresar sus sentimientos.

—¿Le sucede algo? —preguntó.

—Alan, muchacho, ¿has oído hablar del incendio forestal que se produjo hace algunos días al norte de Black Gulch? t

—Incluso vi la humareda, pero, por fortuna, no fue demasiado extenso. Lo apagaron muy pronto, tengo entendido. ;

—Sí. Fue un incendio provocado, ¿sabes? Alguien quemó un pedazo de bosque, para hacer que desapareciera el cadáver de una rata como un perro de San Bernardo.

Russendyll miró sonriendo a su interlocutor. Bochlin meneó la cabeza.

—No es una metáfora, Alan. La rata era tan grande corno un carnero —dijo—. Yo la maté de cuatro disparos... Muchacho, me gustaría que investigases aquella zona, para ver si encuentras algún rastro. Te pagaría bien...

—Lo siento, señor Bochlin; en estos momentos, estoy abrumado de trabajo, y no puedo aceptar ni siquiera algo tan sencillo como ir a comprar un tubo de analgésicos.

Bochlin se marchó, meneando la cabeza,

—No cree —murmuró.

«Algunos están chiflados. Se pasan el día en la oficina y, en cuanto se asoman un poco al campo, ven visiones fantásticas», pensó el joven, un tanto disgustado, por lo que estimaba una tomadura de pelo.

Al cabo de un rato, empezó a aburrirse. Discretamente, sin que nadie lo notara, tomó el portante y se marchó a Su ' casa.

* * *

La mujer salía del edificio donde Eddie Cohen tenía su agencia cuando, de repente, tropezó con un hombre, que la hizo tambalearse ligeramente.

—Dispénseme, señora —se disculpó el hombre—. Soy un tipo muy descuidado... No sabe cuánto lamento haberle causado daño...

—No tiene importancia —contestó Syphara—. Son cosas que pueden sucederle a cualquiera. Y no me ha hecho daño, por supuesto.

—Ahora me siento mejor, señora —sonrió Russendyll—. Si no le importa, me gustaría hacer algo para reparar mi descuido...

Syphara se echó a reír.

—Pero, hombre, si no ha pasado nada. Ha sido un tropezón vulgar, como ocurre muchas veces a diario...

Russendyll la miró ardientemente.

—Le aseguro que me gustaría disipar su enojo —insistió—. Dígame la forma, y lo haré inmediatamente.

Ella entornó los ojos. Era un buen mozo, pensó.

—Bien, si tanto insiste, le permito que me invite a una copa —dijo.

—Será un placer. Por favor, señora... Todavía no he oído su nombre.

—¿Por qué no me llama Selena, simplemente? No soy tan vieja, me parece.

—¿Vieja? ¿Quiere que le diga una cosa? Estoy seguro de que usted ha sabido descubrir la fuente de la juventud. Le pagaría bien, si me confiase ese

secreto...

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró ella—. Me conservo bien, eso es todo. Y, naturalmente, soy joven, aunque no una adolescente.

—No me gustan las adolescentes. Causan muchos problemas, y no sólo con la justicia o con un padre iracundo... Me gustan las mujeres hechas, independientes, sin prejuicios, como...

—¿Como quién?

—Si dijese como usted, a lo mejor cometería una incorrección, Selena. Oiga, en lugar de entrar en un vulgar local, ¿por qué no viene a mi casa? Estaríamos mucho mejor, más cómodos, sin ruidos, ni curiosos molestos...

—Está bien. Tengo ahí mi coche... Todavía no sé su nombre, señor...

—Oh, llámame Alan, Selena. ¿Te importa que sea yo el que lleve el volante?

Ella sonrió, a la vez que le entregaba las llaves. El encuentro con aquel joven tan apuesto prometía resultar una aventura muy interesante. Y, en comparación con la gente que tenía alojada en su casa, Alan era una nota de simpatía y espontaneidad, que no podía por menos de causarle una grata impresión.

* * *

Una semana más tarde, Phoebe fue a casa del detective.

—No resultó —dijo.

—A ver, explícate —pidió Russendyll.

—Bueno, yo llegué, Syphara me instruyó sobre lo que debía hacer; empezó la fiesta, lanzó sus discursos y luego bailé un poco para una treintena de estúpidos. Pero no tuve que dejarme «devorar» por la serpiente.

—Ya llegará —sonrió él—. Syphara ha seleccionado una nueva «remesa» y los está preparando para el numerito final, que se producirá dentro de dos o de cuatro semanas, es decir, a la segunda o tercera sesiones en que intervengas tú. Luego, esos devotos de Madre Pythonia se irán, tan satisfechos, y empezará a buscar otros.

—Pero ¿es posible que exista gente tan crédula en este mundo? —se asombró la muchacha. '

—Desgraciadamente, así es; pero ahora lo importante es que te ganes su confianza. Y es que estas cosas no se consiguen en un solo día, sino que se ganan a fuerza de paciencia y tenacidad.

Russendyll sonrió.

—¿Sabes que te encuentro muy atractiva, con el pelo tan rubio?

Ella hizo una mueca.

—Me gusta más mi tono castaño oscuro —contestó.

—Lo siento, pero vas a tener que llevarlo de ese color durante una temporada. Y, a propósito, ¿sabes que yo también estoy atacando la fortaleza, pero por otro flanco?

—No me digas —exclamó Phoebe—. Anda, cuéntame, Alan.

Russendyll dudó un momento. Antes de que pudiera dar su respuesta, llamaron a la puerta.

CAPITULO IX

El joven se sorprendió enormemente, al reconocer a su visitante.

—¡Señor Bochlin!

Bochlin le miró fijamente.

—Alan, necesito hablar contigo —manifestó.

—Claro. Entre, por favor... Ah, le presento a Phoebe Dunstan. Phoebe, éste es Ben Bochlin.

La muchacha hizo una cortés inclinación de cabeza. Bochlin la saludó distraídamente. Luego se volvió hacia Russendyll.

—Alan, lo que te dije el otro día en la fiesta es rigurosamente cierto —exclamó—. Lo he estado pensando mucho. Quiero que investigues.

—Pero, señor Bochlin... —respingó el joven.

Bochlin sacó un papel del bolsillo.

—Mira, te he trazado un mapa absolutamente exacto. No puedes perderte, Alan. Tienes que ir allí... Recuerda, se quemó un trozo del bosque. Pero los huesos, algunos de ellos, han tenido que quedar intactos, o casi intactos... Tengo un buen amigo, biólogo, de excelente reputación, que podría analizarlos... No le he querido decir nada, hasta no tener las pruebas en la mano, ¿entiendes?

Russendyll, muy fastidiado, apretó los labios.

—Le dije el otro día que estoy abrumado de trabajo —expresó secamente.

—Será cuestión de una sola tarde, hombre. Te pagaré las molestias... Está a menos de una hora del centro y... Alan, por favor, quiero que mi esposa duerma en paz. Todas las noches se despierta, recordando aquella maldita rata gigante...

Phoebe, atónita, abrió la boca.

—Una rata gigante —repitió.

—Así es, señorita —insistió Bochlin—. Como un perro de San Bernardo. Necesité cuatro cartuchos para acabar con esa maldita bestia... —Se volvió hacia el joven—. ¿Lo harás, Alan?

Russendyll se apoderó del mapa, con gesto claramente disgustado.

—Sí —contestó. Si no accedía, no podría quitarse a Bochlin de encima, pensó.

—Es que... Muchacho, no me atrevo a ir a la policía —se justificó el visitante—. Me tomarían por chiflado...

Cuando Bochlin se hubo marchado, Russendyll se volvió hacia la muchacha.

—Tendré que hacer esa excursión, no me queda otro remedio —dijo, muy fastidiado—. Bochlin es un viejo amigo de mi padre, y no puedo negarle ese favor.

—Pero... ese hombre ha visto visiones...

—Tendré que darle los huesos de un burro muerto, a ver si así se le pasa la

chifladura. —Russendyll consultó su reloj—. Son las dos dé la tarde. Tenemos tiempo suficiente para despachar este asunto; así podré dedicarme luego a lo nuestro, sin más complicaciones.

Phoebe se puso en pie.

—Me gustaría acompañarte —dijo.

—Sí, pero cámbiate el peinado y ponte gafas de color. No me gustaría que alguien que te vio en la ceremonia de Madre Pythonia pudiera verte ahora en mi compañía. Hemos de actuar con el máximo de precauciones.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, cuando ya salían del edificio,. Phoebe recordó algo.)

—Lo había olvidado —dijo—. Ahora Syphara tiene como ayudante a un individuo gigantesco, un hombre de color de dimensiones colosales. Lleva un arete de oro en la oreja izquierda y actúa casi desnudo, a excepción de un taparrabos de piel de leopardo... Impresiona mucho, créeme.

—Sí, Syphara es muy diestra para la escenografía —convino él—. ¿Conoces el nombre del ayudante de color?

—Sanghor. Es todo lo que sé —respondió la "muchacha.

* * *

Lane y el doctor Varla habían salido de la residencia. Sanghor se quedaba, aparentemente, para ayudar a la dueña, pero, en realidad, para mantenerla bajo vigilancia constante. A pesar de todo, Sanghor no podía compararse en astucia con Syphara.

Apenas se habían marchado los dos hombres, Syphara preparó café y llevó una taza al gigante de color. En la taza había un ligero sedante. Sucedió como había planeado: Sanghor se adormiló a los pocos momentos.

Entonces, Syphara corrió al laboratorio. Ya estaba prevenida, con una jeringuilla de inyecciones y un frasquito de pequeñas dimensiones. No tardó en encontrar la pequeña botella que contenía aquel misterioso líquido de color rojo.

Haciendo caso omiso de los horrores que había en aquel tétrico lugar, Syphara destapó la botella y, con la ayuda de la jeringuilla, extrajo unos tres o cuatro centímetros cúbicos del líquido rojo, que vertió a continuación en su propio frasquito. Contempló la botella unos momentos. Quizá Varla notaría la disminución de nivel. Sin el menor escrúpulo, añadió otros tres centímetros de agua y agitó la botella, para que se mezclase bien con el misterioso líquido. Luego abandonó el laboratorio.

Sanghor estaba tumbado en un diván. Syphara esperó algo más de una hora. Entonces, le sacudió por un hombro.

—Eh, te has dormido, muchacho.

Sanghor abrió los ojos torpemente.

—No sé qué me ha pasado...

—Tal vez hace demasiado calor —rió ella—. ¿Quieres una buena dosis

con hielo?

El negro sonrió.

—Pues claro que sí —aceptó de inmediato—. Nunca rechazó una invitación semejante.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Sacudió la cabeza y luego aceptó el vaso que le tendía la mujer, para despachar su contenido de un solo trago.

Al terminar, chasqueó la lengua.

—Está bueno, pero le he encontrado un gusto algo extraño...

—Es un whisky de una marca que no conoces —dijo Syphara—, A propósito, quiero enseñarte algo en el jardín... ¿Puedes acompañarme?

—Por supuesto.

De repente, Sanghor se estremeció de pies a cabeza.

—No sé qué diablos me pasa. Tengo un hormigueo en la piel...

—Quizá alguna alergia. Cuando vuelva el doctor, pídele una medicina apropiada. Varla te curará, Sanghor.

—Sí, sin duda.

Syphara y el colosal individuo salieron al jardín. De repente, Sanghor fue sacudido por una fortísima convulsión.

—Pero... ¿qué me pasa? —gritó.

—Estás creciendo como un niño sano y bien alimentado —dijo Syphara fríamente.

* * *

Seguido por la muchacha, Russendyll fue descendiendo por la pendiente, en la que todavía quedaban abundantes señales del fuego que se había producido días antes. Había estudiado las noticias referidas al suceso, y todas las informaciones coincidían en que había sido provocado, aunque los autores del mismo no habían podido ser hallados hasta el momento.

De pronto, se detuvo. A lo lejos, entre el bosque, se divisaba una mancha blanca. Había llevado unos prismáticos, y se los acercó a los ojos.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó Phoebe.

—Estoy viendo la casa de Syphara. La tenemos a dos kilómetros escasos.

—Vaya, sí que es una coincidencia.

Russendyll le pasó los gemelos. Mientras ella examinaba la residencia de Syphara, él se dedicó a buscar por el suelo. A juzgar por las indicaciones del mapa, estaban en el lugar donde los señores Bochlin habían decidido pasar unas horas de descanso.

Un poco más abajo, encontró algo que llamó su atención.

—Pudiera ser —murmuró, mientras guardaba el hueso calcinado en el saquete que había llevado a prevención.

Al lado vio los restos de una mandíbula de extraña forma, y la guardó también. Encontró asimismo un par de vértebras, pero el resto del esqueleto

había desaparecido, consumido por el fuego.

Atardecía ya, y pronto se haría de noche.

—Debemos regresar —dijo.

—Como quieras —respondió la joven.

Repentinamente, se oyó un crujido aterrador, a corta distancia.

Un árbol, de ocho o diez metros de altura, resultó tronchado por una fuerza indescriptible. Dos más fueron apartados a un lado, con enorme violencia.

Phoebe volvió la cabeza, y empezó a chillar. Russendyll se quedó pasmado de asombro.

Aquello no era cierto, no podía ser... Estaba soñando... o quizá bajo el influjo de una fuerte potencia hipnótica... No, no existían hombres de diez metros de altura...

¿O tal vez se trataba de un colosal muñeco, que se movía por medios mecánicos?

Phoebe lanzó, de pronto, un grito desgarrador:

— ¡Es Sanghor!

Aturdido, Russendyll contempló al colosal individuo, que parecía hallarse bajo el influjo de un dolor espantoso. Sanghor abría y cerraba la boca convulsivamente, pero no emitía el menor sonido.

De pronto, tropezó y cayó al suelo de bruces.

Russendyll agarró a la muchacha por un brazo, y la retiró unos pasos, temiendo una reacción del gigante. Pero Sanghor no se movía. Russendyll observó la absoluta quietud de sus flancos, lo que significaba que la vida le había abandonado definitivamente.

Era una visión horrible, fantástica... Russendyll se preguntó si les creerían cuando lo dijesen. Tendrían que avisar a la policía...

Bruscamente, un horrible hedor invadió el ambiente.

El cuerpo de Sanghor pareció aumentar de tamaño. Pero casi en el mismo instante, empezó a deshacerse, convirtiéndose en una enorme masa semilíquida, de horripilante putrefacción, que se deshacía en apestosos arroyuelos purulentos, que corrían hacia el fondo de la vaguada. La carne se deshizo primero, y pronto blanquearon los huesos, pero también acabaron por convertirse en aquella horrible pasta siruposa, que despedía un hedor que parecía salido del mismísimo infierno.

Lo último que quedó intacto de Sanghor fueron sus dientes, blanquísimos, pero también acabaron por disolverse. Al cabo de un cuarto de hora, sólo quedaba un objeto sólido, y no era orgánico.

Dominando heroicamente las náuseas que sentía, Russendyll buscó un palo largo y recto, y lo pasó por el arete de oro que había pertenecido al negro. Aquel círculo dorado era todo cuanto quedaba de Sanghor.

* * *

En el coche, Phoebe se tapó la cara con las manos.

—Nunca, nunca podré olvidar lo que he visto...

—Un día creerás que todo fue un mal sueño —contestó él sentenciosamente. Apretó los labios—. Ahora empiezo a creer que Bochlin vio realmente una rata gigante.

—Pero, Sanghor, ¿por qué? ¿Qué le ha ocurrido para convertirse, prácticamente de modo instantáneo, en un individuo de diez metros de altura?

—No lo sé. Una cosa es segura: Sea lo que sea el origen de ese desmesurado crecimiento, le ha producido daños irreparables en el organismo, hasta destruirlo por completo en pocos minutos. —Russendyll meneó la cabeza—, Y es que hay leyes de la naturaleza que no se pueden violar impunemente —añadió.

Phoebe echó la cabeza hacia atrás, y cerró los ojos.

—Alan, ¿qué haremos ahora? —consultó.

—Tengo unos cuantos huesos. Hablaré con Bochlin, y le diré que me presente a su amigo, el biólogo. Se lo contaremos todo; es lo que podemos hacer por el momento.

Ella se enderezó, de repente.

—Syphara tiene que saber algo...

—En todo caso, debemos actuar con exquisitas precauciones —contestó—. Una cosa es segura: tú ya no volverás a actuar más en las fiestas de Madre Pythonia, ¿entendido?

—Sí, Alan.

—Esperaremos al dictamen del biólogo para hacer algo que valga la pena. Mientras no sepamos qué sucede exactamente en la casa de Syphara, no conviene dar un nuevo paso.

—Alan —exclamó Phoebe súbitamente—. Se me ocurre una idea.

—¿Sí?

—Podríamos tomar algunas muestras de ese horrible líquido...

Un fuerte trueno resonó bruscamente en las alturas. Gotas de lluvia empezaron a salpicar el parabrisas.

—Me parece que no conseguiremos nada —dijo Russendyll—. La radio anunció hoy la posibilidad de fuertes tormentas en la zona. Si llueve abundantemente, y todo parece indicarlo así, el agua disolverá las sustancias químicas en qué se transformó el organismo de Sanghor. El único recurso que nos queda es acudir al biólogo.

La lluvia arreciaba. Russendyll había encendido los faros hacía tiempo y ahora había puesto el limpiaparabrisas en funcionamiento. La carretera estaba completamente mojada y, por precaución, redujo la velocidad del coche.

De súbito, Phoebe lanzó un chillido.

—Me vas a matar de un susto —se quejó él.

—Alan, se me ha ocurrido una idea... Es horrible, espantosa, lo sé..., pero no puedo quitármela de la cabeza...

—Bien, ¿de qué se trata?

—De Rube, mi hermano. Acaso… murió de la misma forma que

Sanghor...

Russendyll sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

Si Rube Dunstan había corrido la misma suerte que Sanghor, no cabía duda de que se trataba de una muerte espantosa.

CAPITULO X

Leonard Lane abrió la puerta con brusquedad, y contempló a la mujer sentada ante el tocador.

—¿Dónde está el negro? —preguntó.

Syphara continuó cepillándose el pelo.

—El tenía que vigilarme a mí, y no yo a él —contestó, displicente.

Fuera, resonó un trueno que hizo vibrar los cristales.

—Si se ha marchado...

—Pues... no diría yo que no —mintió Syphara, sin abandonar su tono de frialdad y desdén—. Esta tarde hice café y le serví una taza. Le oí rezongar algo de que estaba harto y que cobraba demasiado poco... Luego me fui a mi cuarto a leer un rato...

—Syphara, si veo que me engañas, lo pagarás muy caro —dijo Lane cortantemente—. Estamos aquí, porque Varla está terminando una serie de importantísimos experimentos. Cuando esté seguro dé su fórmula, ganaremos millones. A ti te puede tocar un buen pellizco, ¿comprendes?

—¿De veras?

—No lo dudes. Pero ese maldito Sanghor...

—Quizá no ha tenido tanta paciencia como yo. Se aburrió de esta vida, más que monótona, seguro. O, al menos, eso es lo que pienso.

—Está bien. De todas formas, no sabe gran cosa. Y la policía, por otra parte, no podría hacer nada.

—A menos que se les ocurra cavar en el jardín.

—También a ti te tocaría un poco del jaleo, me parece.

—¿De veras? ¿Maté yo a Ginny Bates? ¿Maté a Tyoko? Si encuentran sus restos, averiguarán que murieron a causa de mordeduras de animales venenosos. Yo sólo tengo una serpiente mecánica, recuérdalo.

—Pero tenías un áspid...

—Era sólo una culebrita inofensiva.

Syphara se puso en pie, giró sobre sus talones y se echó a reír.

—Estás en mis manos, Leo —dijo—. Puedes matarme, si quieres, desde luego, pero antes debes saber que hay una carta depositada en lugar seguro, que sería entregada a la policía, si me ocurriese algo.

Se puso un cigarrillo entre los labios, lo encendió, expulsó el humo y añadió:

—Mañana, tú y yo estableceremos un pacto sobre la mitad de los beneficios de la fórmula del doctor Varla —dijo—. Y si no quieres firmarlo, llamaré a la policía. Siempre me queda el recurso de decir que estuve coaccionada todo el tiempo, bajo amenazas de muerte. Imagínate cuál de los dos perdería más, sobre todo, si les indicase dónde hay dos tumbas en el jardín.

Las manos de Lane se abrieron y cerraron convulsivamente.

—Firmaremos el pacto —accedió.
—Gracias, querido. —Ella agitó la mano—. Puedes retirarte.
Lane se quedó con la boca abierta al ver la actitud tan displicente de la mujer. Luego, rehaciéndose un poco, avanzó hacia ella.
—Syphara, yo quería...
Alargó las manos hacia sus protuberantes senos, pero ella lo rechazó con brusquedad.
—Hoy, no —dijo.
—Está bien —se resignó Lañe, irritado y frustrado a un tiempo, pero dándose cuenta también de que estaba en manos de Syphara. Aunque si actuaba con habilidad, podría traerla de nuevo al redil, se dijo.
Cuando iba a salir, se volvió hacia ella.
—He traído una serpiente inofensiva, de unos dos metros de largo, de la clase que utilizabas tú, cuando actuabas en público. Quizá resulte más espectacular tu trabajo con los devotos de Madre Pythonia.
—Es posible. Ya la veré en otro momento.
Lane salió, tascando el freno, porque se daba cuenta claramente de que no podía hacer otra cosa, por el momento. Estaba lloviendo con fuerza, y tuvo que resignarse a permanecer en su habitación, leyendo un libro.
El tiempo mejoró, a la mañana siguiente. Con gran asombro, vio que un sector de la tapia estaba destrozado, como si hubiese pasado un tanque por aquel lugar. Curioso, se acercó a investigar, y entonces divisó en el suelo unas huellas que le hicieron sentirse profundamente preocupado.
Después de unos minutos de reflexión, regresó al edificio y se fue directamente al laboratorio. Varla estaba inclinado sobre un microscopio, y levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta.
—Doctor...
—Hola, Leonard. ¿Puedo servirle en algo?
—Deseo hacerle una pregunta. Es pura curiosidad, claro...
—Adelante, adelante, amigo mío, no se detenga —dijo Varla bonachonamente—. ¿De qué se trata?
—Su fórmula, doctor. Usted dice que la dosis conveniente es de un milímetro cúbico diario...
—Hay casos, incluso, en que es preciso espaciar esa dosis y administrarla cada dos o tres días... Todo depende, naturalmente, del sujeto.
—Sí, me lo imagino. Pero ¿qué sucedería si se le administrase una dosis mayor?
—Depende de la cantidad... Las consecuencias no serían nunca agradables. Podría acontecer algo funesto...
—¿Y con una dosis, digamos, de un centímetro cúbico?
—Oh, no, qué absurdo. Sería una dosis mil veces mayor a la indicada... Podrían suceder cosas horripilantes... Un crecimiento casi instantáneo y luego...
Varla habló durante unos minutos. Al terminar, miró inquisitivamente a su

interlocutor.

—Pero, dígame, Leonard, ¿por qué me lo ha preguntado?

—Oh, ya le dije antes, curiosidad, simple curiosidad. —Lane sonrió se una manera extraña—. Y, a fin de cuentas, también estoy interesado en sus experimentos.

—Ya no falta mucho para darlos por conclusos. Una semana, máximo dos, y podré afirmar la eficacia de mi fórmula, sin temor a equivocaciones.

—Gracias, doctor. Usted me avisará oportunamente.

—Por supuesto, Leonard.

Lane se retiró, con la sonrisa en los labios. «Syphara, va a ser una fiesta de despedida memorable», pensó. Y, desde la puerta, echó un vistazo al frasquito de vidrio que contenía aquella maravillosa fórmula.

* * *

Los dos jóvenes aguardaban en el antedespacho pacientemente. En la puerta que había frente a ellos, con la indicación de PRIVADO, había también un nombre: Profesor E. D. CLAYBORNE.

Clayborne era el biólogo amigo de Bochlin, y al que Russendyll había enviado los huesos hallados en la vaguada donde se había producido el incendio. Había transcurrido ya una semana desde el suceso y ahora, llamados por Clayborne, aguardaban a ser recibidos por éste.

Al cabo de un buen rato, un hombre salió del despacho. Clayborne se asomó a la puerta.

—Pasen, por favor.

Russendyll y la muchacha se levantaron. Clayborne tomó asiento al otro lado de la mesa y, con la mano, les indicó sendas sillas situadas frente a él.

—He analizado los huesos —dijo el biólogo, tras una pausa—. Debo confesarles que no he visto en mi vida una cosa igual. Mi amigo Ben Bochlin me ha contado lo que sucedió, y debió de ser algo realmente fascinante. Por supuesto, desde el punto de vista de un científico. Ellos, naturalmente, debieron llevarse un susto mayúsculo.

—Una rata del tamaño de un mastín, debe de ser algo terrorífico, en efecto —convino Russendyll con una sonrisa.

—Daría mi brazo derecho por tenerla aquí, bien segura en una jaula, desde luego. De todos modos, era un animal condenado a una muerte rápida... mejor dicho, a una vida muy corta. No se pueden forzar impunemente ciertas leyes de la naturaleza, aunque admito que, en algunos casos, puede resultar de cierta utilidad.

—¿Por ejemplo?

—Bien, supongamos una gallina de un tamaño la cuarta parte superior a lo normal. Si su peso es de dos kilos, ya desplumada, con esa fórmula, pesaría dos kilos y medio. Mil gallinas serian quinientos kilos más de carne, y lo mismo sucedería con otros animales domésticos, destinados a la alimentación

humana. Pero, aun así, habría que experimentar mucho todavía.

—¿Por qué, profesor?

—Ignoramos aún los efectos que esa fórmula podría tener sobre un organismo humano. Podrían resultar funestos.

—Eso es seguro —dijo Phoebe, que aún tenía pesadillas cada vez que recordaba al gigante de diez metros de altura.

Bien, yo no me refiero a la muerte de aquel individuo, lo que, irremediablemente, debía suceder. —Clayborne estaba enterado de lo ocurrido, por habérselo relatado Russendyll en el momento de entregarle los huesos—. Es posible que ingiriese una dosis muy superior a la recomendada... Pero a lo que yo me refería es a las consecuencias de la ingestión de animales domésticos, tratados con esa fórmula. A la larga, de no demostrarse patentemente su inocuidad, podría producir consecuencias muy desagradables. Esta clase de experimentos necesitan años y años de trabajo... y es evidente que su autor ha querido quemar etapas.

—De eso no me cabe la menor duda, doctor —dijo Russendyll—. Pero, dígame, ¿qué ha encontrado usted en los huesos?

—Aparte de la calcinación originada por el fuego, he podido darme cuenta de que son terriblemente frágiles. Había trozos que se me deshacían entre los dedos, apenas tocarlos. Las moléculas habían aumentado extraordinariamente de tamaño, no de número. ¿Comprenden lo que quiero decir?

—Sí —murmuró el joven, con los ojos entornados—. Es parecido a lo que ocurre con un globito de goma, cuando se hincha de aire. Vacío, ocupa un espacio no mayor que la palma de la mano. Lleno de aire, es tan voluminoso como la cabeza de un hombre o más.

—Exactamente —confirmó el biólogo—. Pero el número de las moléculas de goma que componen la sustancia de qué está fabricado el globo, no varía en absoluto. Simplemente, se dilatan.

—Y eso es lo que debió de sucederle a Sanghor —dijo Phoebe.

—Mucho me temo que sí, señorita —respondió Clayborne.

—Pero, entonces, ¿por qué se deshizo en líquido, profesor?

Clayborne hizo un gesto con la cabeza, a la vez que se recostaba sobre el respaldo de su sillón.

—Tenemos el globo que acaba de mencionar el señor Russendyll.' Cuando se pincha con un alfiler, explota violentamente, pero queda prácticamente intacto, me refiero a la masa de la sustancia de que está hecho. Eso sucede porque algunas de las moléculas han sido sometidas a una excesiva tensión, que no han podido soportar, ya que habían llegado al límite de la misma.

«Pero si la explosión se produjera por separación simultánea de los millones de moléculas que componen el globito, es muy probable que encontrásemos un poco de líquido esparcido por el lugar donde había estado un momento antes. Eso es lo que, opino, le sucedió a aquel desdichado sujeto.

—Es decir, «explotó» —murmuró Russendyll.

—Es una definición un tanto inexacta,' pero, también, la más aproximada.

Simplemente, se inició un proceso de crecimiento muy rápido, que finalizó en el momento en que las moléculas llegaron al límite de su tensión. Aparte de ello, debieron de producirse otros fenómenos, que no puedo describir, tanto porque los ignoro, como por no haber podido disponer de una pequeña muestra de aquel líquido orgánico para su análisis.

—Cayó una tormenta muy fuerte, minutos después, profesor —declaró el joven—. El agua arrastró todo lo que quedaba de aquel desdichado.

—Sí, es una lástima —suspiró Clayborne—, Bien, si pudiera conseguirme una dosis de la fórmula, les quedaría muy agradecido.

—Haremos lo que se pueda, doctor. —Russendyll se puso en pie—. Nosotros también le damos las gracias... ¿Podemos contar con su discreción, profesor?

—Por supuesto. —Clayborne frunció el ceño repentinamente—. Hace algunos años, conocí a un biólogo de gran reputación, pero también algo chiflado, el doctor Horton Varia. Estaba obsesionado por descubrir una fórmula de crecimiento rápido. Tal vez lo sucedido tenga algo que ver con Varia.

—En todo caso, le tendré informado de mis pesquisas, profesor.

—Si encuentra a Varia, háblele de mí. Dígale que venga a visitarme, por favor.

—De acuerdo.

Russendyll y la muchacha abandonaron el despacho. Una vez en la calle, él dijo:

—Ahora ya no me cabe la menor duda de que todo es cosa de Varia. Pero ¿cómo se habrá podido enredar Syphara con ese científico chiflado?

—Podrías preguntárselo, ¿no? Puesto que me has prohibido actuar en la próxima reunión, yo no puedo hacer nada al respecto.

—No quiero que vuelvas allí —dijo él enérgicamente—. Ahora me doy cuenta —añadió, muy pensativo—, El barracón...

—Es el laboratorio de Varla —adivinó la chica.

—Sí. Pero ¿cómo demonios pudo entrar en contacto Syphara con ese sujeto?

Sacudió la cabeza y abrió la portezuela del coche.

—Tú lo has dicho antes: tendré que preguntárselo —concluyó.

CAPITULO XI

Syphara marcó un número de teléfono. Cuando le contestaron, dijo:

—Por favor, deseo hablar con Rhoda Fulham.

—Lo siento, señora. Aquí no vive nadie de ese nombre. La ocupante de esta casa es la señorita Phoebe Dunstan.

Syphara se quedó con la boca abierta.

—Ha dicho... Dunstan...

—Sí, señora. ¿Desea algo más?

—No, gracias.

El teléfono volvió a su sitio. Syphara permaneció pensativa durante algunos segundos. Luego, de repente, echó a correr hacia su dormitorio. Allí guardaba todavía algunas cosas que habían pertenecido a Rube Dunstan.

Revolvió frenéticamente el cajón de la consola y, al fin, halló una billetera. Recordaba haber visto una fotografía de Rube, junto a una hermosa chica, que había supuesto sería su novia. Entonces no se había fijado demasiado en la joven. Ahora, al examinar la fotografía de nuevo, puso el máximo de atención.

Rhoda Fulham, su nueva ayudante, era intensamente rubia y, en la fotografía, aparecía con el pelo de color castaño oscuro. Pero no cabía la menor duda: ahora ya sabía que se trataba de la hermana de Rube.

Una horrible sospecha invadió su ánimo. Si Phoebe había accedido a trabajar para ella, era para buscar pruebas de la muerte de su hermano. Y ello podía ponerle en una crítica situación.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, se tranquilizó. Phoebe sospechaba, pero aún no tenía pruebas. Seguramente, querría asistir a más ceremonias, a fin de ganarse su confianza. Una chica muy lista, se dijo, pero a la que iba a dejar con un palmo de narices.

Estaba ya harta de todo. Con sus ceremonias, había reunido una fortunita. Tenía unos noventa mil dólares en el Banco. Todo era cuestión de sacar el dinero y emigrar muy lejos de la ciudad, con un nuevo nombre, y buscar un sitio donde no fuese conocida.

Pero antes...

Lane era un peligro mucho mayor que Phoebe. Debía buscar la ocasión propicia para deshacerse del sujeto.

Lo más urgente de todo, sin embargo, era sacar el dinero. Era preciso tener dispuesta la retirada. Ya no quería seguir más en aquel horrible lugar, donde había ratas como mastines y arañas del tamaño de langostas. Varia, se dijo, era un sujeto ingenuo, que había caído en manos de un hombre sin escrúpulos como Lañe, el cual, suponía, sólo esperaba el fin de los experimentos para vender la fórmula a alguien, y a un precio exorbitante. Lane se iba a llevar un chasco, pensó, mientras empezaba a vestirse.

Cuando se disponía a salir, se tropezó con Lañe.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre.

—Tengo que encargar algunas provisiones y, además, necesito algún dinero. Volveré a la tarde, no te preocupes.

—Varla está a punto de finalizar sus trabajos. ¿Por qué no lo celebramos después?

Syphara sonrió.

—Traeré una botella de champaña —dijo.

—Una idea estupenda —aprobó Lañe.

* * *

Phoebe abrió la puerta, entró en casa y vio a la mujer de la limpieza, arreglándose ante el espejo del vestíbulo.

—Ah, ha terminado ya, señora Ramos —dijo.

—Sí, señorita. Si no me manda más...

—Nada, muchas gracias.

La señora Ramos cogió su bolso. Antes se salir, se volvió hacia la muchacha.

—Ha llamado una mujer, hace media hora. Preguntaba por una tal Rhoda Fulham. Supongo que debe de ser la inquilina que ocupaba antes el piso. Yo le dije que aquí vivía usted...

Phoebe sintió que se le paralizaba el corazón.

—¿Le dio mi nombre?

—Sí, señorita; me pareció lo correcto.

—¿Qué dijo ella, señora Ramos?

—Me preguntó si estaba segura, contesté afirmativamente, y colgó, eso es todo. Oiga, está muy pálida —dijo la mujer, de pronto—. ¿Quiere una taza de café?

Phoebe hizo un gesto con la mano.

—No, no es necesario. Gracias, señora Ramos.

—Buenas tardes, señorita.

Phoebe se quedó sola. Al cabo de unos instantes, corrió al teléfono y se lo contó todo a Russendyll.

El joven comprendió, de inmediato, que estaban a punto de sufrir un grave tropiezo. De Rube Dunstan no se sabía nada, y lo mismo sucedía con Ginny Bates. Si Syphara sospechaba algo, será muy capaz de asesinar también a la muchacha.

—Phoebe, mete algo de ropa en un maletín y ve inmediatamente a mi casa. Yo salgo para allí ahora mismo.

Russendyll llamó a la señora Talbot, su secretaria.

—Tengo que salir, y no sé cuándo volveré. Probablemente, no regresaré hasta mañana por la mañana.

—Está bien, señor Russendyll.

* * *

El dinero, todo él en billetes grandes, fue cuidadosamente colocado en el maletín. Syphara salió del Banco y subió a su coche. Luego arrancó en dirección á su residencia. Por un instante, sintió la tentación de abandonar la ciudad inmediatamente, pero temía a Lañe. Era un sujeto muy rencoroso; sería capaz de buscarla por todo el país. No, dormiría más segura cuando lo hubiese eliminado por completo.

Durante un largo trayecto, condujo con moderación. Era preciso evitar el menor incidente. En el maletín que estaba a su derecha, había nada menos que ochenta y ocho mil dólares. Un buen pico, para sobrevivir una larga temporada, antes de empezar siquiera a pensar en un nuevo trabajo.

De pronto, recordó a Russendyll. Consultó la hora en su reloj de pulsera. Tenía tiempo, se dijo. Además, Russendyll, en caso necesario, podría declarar que ella le había anunciado sus propósitos de marchar a algún país sudamericano. En realidad, pensaba dirigirse a Nueva York, una urbe donde era muy fácil perderse.

—Hoy mismo iré a ver a esa mujer, y le pediré que me enseñe el laboratorio del doctor Varla —decía Russendyll, en aquellos momentos.

—Puede resultar comprometido —alegó la muchacha.

—Es preciso salir de este atolladero. Tengo que desenmascararla y...

De súbito, Phoebe levantó una mano.

—¡Mírala, ahí está! —exclamó.

Russendyll volvió la cabeza. A través de la ventana, pudo ver que el coche de Syphara acababa de detenerse en aquellos instantes frente a la casa.

—Corre, escóndete en mi dormitorio —dijo, a la vez que empujaba a la muchacha con ambas manos.

Phoebe desapareció en el acto. Segundos después, se oía la campanilla de la puerta.

Russendyll, en mangas de camisa y con el cuello desabrochado negligentemente, abrió. Sus cejas se alzaron, en una bien fingida expresión de sorpresa, al ver a su visitante.

—¡Selena! Pero, ¡qué alegría! ¡Qué visita tan inesperada...! Entra, por favor, no te quedes en la puerta...

Asió a la mujer por un brazo, pero, casi en el mismo instante, reparó en el maletín que ella, por precaución, no había querido dejar en el coche.

—No estaré mucho tiempo —declaró Syphara—. Tengo que hacer el equipaje. Me marcho.

—¿Cómo? ¿Te vas?

—Sí, ya he encargado el pasaje para el avión de mañana con destino a Río. Saldré muy temprano, ¿sabes?

—Está bien, está bien, siéntate... Te serviré una copa...

Russendyll preparó dos vasos, con whisky y cubitos de hielo. Aquel maletín le preocupaba considerablemente.

Entregó un vaso a la mujer, y quedó frente a ella, con el suyo en la mano.

—De modo que te marchas a Río.

—Así es, Alan.

—¿Para siempre?

—Una buena temporada. Tengo ganas de disfrutar un poco.

—Hay brasileños muy ardientes —sonrió él.

—No voy en busca de aventuras... Quizá estudie el mercado, a fin de montar un negocio.

—Oh...

—Algún local con chicas. Ya veré lo que hago cuando esté allí.

—Te echaré de menos, Selena. ¿Dices que te marchas mañana?

—Sí. El avión sale a las seis. Tendré que madrugar...

—Lógico. Selena, te agradezco mucho esta visita de despedida. ¿Dejas tu casa de aquí?

—La pondré en venta. Ya he hablado con mi agente.

—Muy bien. ¿Otra copa?

—No, gracias, ya tengo bastante... Por favor, ¿puedo retocarme un poco en el baño?

—Naturalmente, no faltaba más.

Russendyll confió en la discreción de Phoebe. Si la muchacha había estado oyendo la conversación, con la puerta entreabierta, se daría cuenta de la conveniencia de esconderse. Sin hacer el menor gesto sospechoso, permaneció en aquel lugar, mientras Syphara se encaminaba al baño, con un cigarrillo en la boca.

Al cabo de unos segundos, corrió hacia el maletín y soltó las presillas. Silbó tenuemente al contemplar el enorme montón de billetes. Luego, lo cerró de nuevo y se apartó unos pasos, con el encendedor en la mano.

Syphara volvió a los pocos minutos.

—Se me hace tarde ya —dijo—. Adiós, querido.

—Buen viaje. Lástima que no puedas quedarte unos días más...

—Lo siento, es imposible.

Russendyll alargó una mano.

—Permíteme, te llevaré el maletín hasta el coche.

—No te molestes, no es necesario.

Syphara cruzó el espacio que había entre la casa y la acera, subió al coche, dio el contacto y agitó una mano. Russendyll hizo lo mismo, desde la puerta de la casa.

Segundos después, oyó la voz de Phoebe.

—Se marcha.

—Sí.

—¿A Río?

—Eso ha dicho. ¿Sabes?, lleva el maletín atiborrado de dinero.

—Entonces, no te ha mentido...

Russendyll giró en redondo.

—Voy a comprobar una cosa —dijo, mientras se encaminaba hacia el

teléfono.

Unos minutos más tarde, se volvía hacia la chica.

—Ha mentido. No va a Río —dijo.

—Eso significa que ha venido aquí para despistar...

—Seguramente. Pero podía haberlo hecho mejor, encargando realmente un pasaje para Río. Sólo hubiera perdido unos cientos de dólares, y la comedia habría dado mejores resultados.

—No le has preguntado por Varla —observó Phoebe.

—En estas circunstancias, no me ha parecido prudente. Pero quizá lo haga personalmente, dentro de muy poco.

—Eso significa que piensas ir a su casa.

—Sí. Ya no puedo demorar por más tiempo el encuentro definitivo.

—Iré contigo, Alan.

Russendyll miró fijamente a la muchacha.

—¿Estás decidida? —preguntó.

—Conozco el lugar —respondió Phoebe escuetamente.

* * *

Horton Varla contempló el hediondo charco de líquido, que se desparramaba fuera de la jaula, y lanzó una espantosa imprecación.

Lane entraba en aquel momento, y oyó a Varia.

—¿Qué le pasa, doctor? —preguntó.

Varla giró en redondo. Tenía la cara completamente roja de ira.

—He fallado —dijo, descompuesto—. Algo falla, en el último instante...

—¿Qué? —Exclamó Lañe.

—Lo que oye, Leonard. Creía tenerlo todo a punto..., pero los sujetos experimentales se deshacen... Sus organismos no pueden soportar la tensión de un crecimiento excesivamente rápido...

—¿Quiere decir que va a tener que comenzar de nuevo, doctor?

—Es lamentable, pero no tengo otro remedio. Amigo mío, la ciencia es esto, ensayo tras ensayo, y cientos de fracasos, hasta que se alcanza el éxito definitivo. Lo siento por usted; gracias a su ayuda, he podido continuar mis trabajos durante meses enteros, gastando su dinero...

Lane apretó los labios. Varia, se dijo, estaba loco, si creía que iba a continuar sufragando sus experimentos. Estaba ya más que harto de aquel sujeto chiflado. Ya no quería permanecer en aquel lugar ni un segundo más de lo estrictamente indispensable.

Unos minutos antes, había visto llegar a Syphara, con un pesado maletín en las manos. Lane tenía sobrada experiencia para adivinar, sin demasiados esfuerzos, el contenido del maletín. «Otra que abandona el barco», pensó.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—Se encuentra muy fatigado, doctor —dijo—. ¿Por qué no va a tomarse una taza de café? Yo limpiaré el laboratorio, mientras tanto...

—Sí, será lo mejor—contestó Varia.

Abrumado por el fracaso, Varla pasó por su lado, arrastrando los pies. Lane no le miró siquiera; tenía la vista fija en el frasquito que contenía el líquido rojo.

Un poco más allá, estaba la gran jaula que contenía la serpiente traída días antes. El reptil dormitaba sobre su lecho de hojas y tierra.

En el laboratorio había un pequeño frigorífico, que contenía trozos de carne y otros alimentos destinados a los animales que eran objeto de experimentación. Lane buscó una jeringuilla de inyecciones, llenó hasta más de la mitad y luego inyectó su contenido en un trozo de carne casi tan grande como su puño.

Levantó la tapa de la jaula. La serpiente no se movió. El trozo de carne cayó a un par de centímetros de su boca. Perezosamente, el reptil se estiró un poco, apresó la carne con sus colmillos e inició el proceso de deglución.

Lane volvió a recargar la jeringuilla. Luego dio media vuelta y se encaminó al laboratorio.

CAPITULO XII

El coche se detuvo al atardecer, a poca distancia de la casa. Russendyll encendió un cigarrillo y contempló especulativamente la tapia, cuya verja de entrada aparecía cerrada.

—¿Llamaremos? —preguntó la muchacha.

Russendyll hizo un gesto negativo.

—Será mejor que la sorprendamos —dijo, a la vez que abría la portezuela del coche.

Phoebe se apeó también. Lane se acercó a la tapia. Era alta, pero no constituía una dificultad insalvable, habida cuenta de que el borde no estaba protegido con pinchos de hierro ni alambre de púas. La tapia era, sencillamente, un medio de evitar que los curiosos pudieran atisbar desde un punto inconvenientemente cercano a la casa.

El suelo no era exactamente llano, sino más bien irregular, con ligeras ondulaciones, que la tapia seguía puntualmente. Russendyll empezó a caminar junto a la base, buscando un punto que le permitiese franquear el obstáculo. Dobló una de las esquinas y, veinte metros más adelante, vio una enorme brecha.

—Las lluvias han derrumbado la tapia —supuso la chica.

—No. Fue Sanghor.

Phoebe se estremeció.

—¿Sanghor?

—Ese crecimiento tan rápido, además de causar en su ánimo un terrible choque síquico, debía de producirle dolores intolerables. Recuerda la expresión de su rostro.

—Sí, es cierto, Alan.

—Entonces, cuando se sintió repentinamente convertido en un gigante, salió, enloquecido, de la casa, y derribó la tapia de un simple empujón, sin detenerse siquiera para pasar al otro lado, una pierna detrás de la otra. Y por aquí, si sigues insistiendo en acompañarme, es por donde pasaremos nosotros.

Phoebe asintió.

—Quiero llegar hasta el final —dijo resueltamente.

Russendyll tocó con la mano la pistola de pequeño calibre que llevaba en el bolsillo. El peso del arma le tranquilizó. No solía ir armado, pero la ocasión justificaba sus precauciones defensivas.

Lentamente, atravesó la brecha. La luz del día se extinguía gradualmente. Pronto llegaría la noche.

—Usaremos la puerta trasera —murmuró.

—Sí, es lo más conveniente —aprobó Phoebe.

Avanzaron unos pasos más. De repente, a través de una de las ventanas, oyeron una horripilante carcajada.

Había bastantes árboles en el jardín. Russendyll agarró a la muchacha por

la mano, y corrió a buscar la protección de un grueso tronco.

Las carcajadas se repitieron. En otro lugar de la casa, sonó un agudísimo chillido de terror.

Phoebe se sentía llena de pánico.

—Dios mío, ¿qué sucede aquí, Alan? —preguntó.

El alarido de Pánico se apagó de pronto. Pero las carcajadas seguían produciéndose sin interrupción.

De repente, Russendyll notó el extraordinario volumen sonoro de las risas. Parecían proferidas por un gigante, pensó.

Inesperadamente, se produjo un terrorífico estruendo.

Russendyll abrió la boca, estupefacto. Las paredes de la casa empezaban a cuartearse. El tejado crujía como ^i fuese a volar en mil pedazos.

* * *

—El doctor Varla ha terminado su trabajo —anunció Lañe.

—¿Ah, sí? —preguntó Syphara con indiferencia, mientras se retocaba un poco ante el espejo.

—Sí. Mañana lo tendrá todo listo.

—Magnífico. Me dejaréis, supongo.

—Nos iremos muy pronto. Ah, hemos quedado en que celebraríamos el fin de los trabajos.

—Tienes razón —sonrió ella—. He traído el champaña, pero no lo tengo aquí.

—Cualquier sitio es bueno para beber una copa de despedida —dijo Lane jovialmente.

—Entonces, ven conmigo.

Lane siguió a la mujer, que se encaminó al anfiteatro donde tenían lugar las reuniones en honor de Madre Pythonia. Al llegar allí, vio una mesa con dos botellas, una de las cuales estaba ya destapada.

Syphara llenó dos copas y entregó una a Lañe.

—Por el éxito del doctor Varla —levantó la suya.

Lane sonreía maliciosamente.

—Si no te importa, prefiero beber de la botella intacta —dijo.

—Oh, en absoluto.

—Es que el champaña, después de un rato de abierta la botella, pierde su virtud, ¿comprendes?

—Puede que tengas razón. Tú debes de ser un sibarita. A mí me da lo mismo, con tal de que la botella no haya sido abierta la víspera.

—Cada cual tiene sus gustos, preciosa.

Lane descorchó la botella y llenó su copa, que despachó de un trago. Chasqueó la lengua apreciativamente, miró a la mujer y sonrió.

—Está muy bueno —dijo^. Repetiré, si no te importa.

—Claro, eres muy dueño.

Lane apreció que Syphara había vaciado la copa llena de la botella ya abierta. Entonces, pensó, no le había preparado una trampa, como había llegado a sospechar.

Bebió una segunda copa. Syphara había llenado la suya por segunda vez también, pero antes de que pudiera llevársela a los labios, la abrazó estrechamente.

—Syphara...

—¿Si, Leonard?

—Podríamos... hacer la despedida de otra forma más agradable...

—¿A estas horas?

—Cualquier hora es buena para hacer el amor —dijo él ardientemente, mientras buscaba con los labios el hueco entre el cuello y el hombro de la mujer, mordisqueándola suavemente. Durante un segundo, la jeringuilla de inyecciones, sin aguja, resbaló sobre su mano derecha y su contenido se vació en la copa llena de champaña casi hasta el borde.

Syphara se estremeció.

—Aquí, no, Leonard —jadeó.

—Muy bien. —Lane sonrió, mientras se separaba un poco—. ¿Tomamos otra copa?

—De acuerdo.

Syphara despachó la segunda suya de un trago. Lane se sirvió una tercera y bebió también.

—Y ahora...

—Espera un minuto, hombre, no seas tan impaciente. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

—A veces, fumas habanos...

—Pero no ahora.

—Claro.

Encendieron sendos cigarrillos. De repente, Lane sintió un fuerte espasmo en el vientre.

—¿Qué demonios me pasa? —preguntó.

Syphara se echó a reír.

—Pasa que te has tomado una buena dosis de la droga milagrosa del doctor Varla —dijo fríamente.

Sobrevino un instante de silencio. De pronto, Lane lanzó una atroz carcajada.

—¿De qué te ríes? —exclamó ella—. No es broma...

—Tú también... Acabo de echar en tu copa al menos dos centímetros cúbicos de la droga...

—¡No! —chilló la mujer frenéticamente.

—Sí —rió Lañe.

Syphara retrocedió, tambaleándose.

—Miserable...

En aquel instante, algo sacudió su estómago, con un terrible ramalazo de

dolor. Todo su cuerpo fue recorrido por miles y miles de pinchazos, que parecían otros tantos alfileres, traspasándole cruelmente la epidermis.

Frente a ella, Lane se agitaba de idéntica manera, sacudido por unos dolores no menos terribles. De pronto, Lane sintió que todo su cuerpo se distendía.

Empezó a crecer. La ropa estalló, incapaz de contener su cuerpo. Frente a él, Syphara crecía, crecía rapidísimamente... Su vestido se rasgó con secos chasquidos...

Syphara empezó a reír. Ambos tenían ya el doble de su tamaño normal.

—No cabemos por la puerta...

—Somos unos gigantes...

Reían, reían desaforadamente, enloquecidos por el mismo horror de su situación. Syphara recordaba a Sanghor convertido en un gigante, y sabía que a ella le iba a suceder lo mismo, en contados minutos.

Pero Sanghor había conseguido salir de la casa, antes de que la droga hiciese todos sus efectos. Ellos estaban encerrados ya en la habitación cupular, cuya máxima altura de techo no era superior a los seis metros.

* * *

Preocupado por el fracaso de su fórmula, el doctor Varla entró en el laboratorio, y se encaminó al microscopio. Sentóse ante el taburete, y se enfrascó en el examen de una muestra de tejidos. Torció el gesto. ¿Qué diablos fallaba?, se preguntó.

Repentinamente, oyó un chasquido a sus espaldas. En el primer momento, no le prestó demasiada atención. Luego, un ruido sordo le hizo salir de su abstracción, y giró en redondo.

Sus ojos se desorbitaron al contemplar el enorme reptil que se le acercaba, con las fauces abiertas. La serpiente traída por Lañe... ¿quién le había administrado una dosis excesiva de la fórmula?

El horror le petrificó unos segundos. Fue suficiente para que la serpiente se enroscara en torno a su cuerpo.

Entonces, gritó, gritó..., pero su voz se apagó casi de repente, cuando la mitad inferior de su cuerpo desapareció en la bocaza de un reptil que no medía ya menos de diez metros de largo.

Durante unos minutos, Varla pataleó frenéticamente. Luego, sus movimientos cesaron poco a poco. La serpiente descansó en el suelo. La presa resultaba demasiado pesada para su cuerpo, que ya no tenía muchas fuerzas. Todavía creció un poco más. Luego, empezó a convertirse en líquido.

* * *

Aterrados por aquel espantoso estruendo, Russendyll y la muchacha huyeron hacia la brecha, en busca de la salvación. Al llegar a la tapia, Russendyll se volvió un momento.

En aquel preciso instante, la cúpula saltaba, hecha pedazos. Todo un muro se derrumbó, con sonoro fragor.

Dos cuerpos monstruosos aparecieron por encima del edificio. Ya no había risas en aquella pareja. Por el contrario, parecían presa de un indescriptible sufrimiento.

Lane y Syphara crecieron todavía un poco más. Luego se derrumbaron, hundiendo todavía un buen sector de los edificios. Aun se agitaron todavía un poco. Luego sus cuerpos gigantescos empezaron a deshacerse en una repugnante y hedionda masa líquida, que hacía el ambiente absolutamente irrespirable.

Russendyll agarró la mano de la muchacha. Debían abandonar aquel lugar. Alguien tendría que intervenir, pensó el joven. Pero una cosa era segura: ya no habría más serpientes en aquella casa.

* * *

—Tienes que ser fuerte —dijo Russendyll, dos días más tarde.

—Han encontrado a mi hermano —adivinó ella.

—Sí. Estaba en el túnel donde se alojaba la falsa serpiente. En el jardín había dos cadáveres más: el de Kartz, el hombre que suministró los informes a Syphara, y el de Ginny Bates.

Phoebe meneó la cabeza.

—No sé si algún día lograré borrar de mi memoria estas horribles imágenes...

—Tendrás que intentarlo. Es preciso olvidar.

—Sí, lo intentaré —suspiró ella—. ¿Qué le pasó a Varia?

—Debió de ser Lañe. Había una serpiente, y le administró una dosis de esa droga. El animal creció súbitamente y le atacó, pero murió antes de poder deglutir por completo el cuerpo de Varia. No obstante, éste había perecido, ya asfixiado.

—¿Se sabe si la fórmula puede resultar de utilidad?

—El profesor Clayborne está estudiando los apuntes encontrados en el laboratorio. De todos modos, un crecimiento muy rápido siempre resulta pernicioso.

Phoebe cerró los ojos un instante. Todavía le parecía escuchar las demenciales carcajadas de dos seres que habían enloquecido, al darse cuenta de la horrible suerte que les aguardaba.

—Pero ¿cómo pudieron tomar la droga? —murmuró.

—Se encontraron los restos de dos botellas de champaña. Lane estaba ya arruinado. Había financiado los experimentos de Varia, con el fin de conseguir la patente, más tarde. Supongo que debió de sospechar de Syphara, y hasta es posible que viese el maletín lleno de dinero. Entonces, le preparó una rampa... y ella, y a su vez, hizo lo mismo.

—Se envenenaron mutuamente.

—Resulta indudable, Phoebe; no pudo ocurrir de otra —añera.

—Alan, ¿no corrernos el peligro de que algunos animales puedan crecer súbitamente y nos ataquen...?

—La fórmula, suponiendo que dé buenos resultados, está ahora en buenas manos —contestó—. Había, por lo visto, un frasco con unas muestras de esa fórmula, pero se rompió, a causa de los movimientos de la serpiente, y su contenido se ha evaporado. Lavaron con mangueras el suelo del laboratorio y...

—No, ya no hay peligro. —Phoebe volvió a suspirar—. Bien, creo que mi estancia en Los Angeles se puede dar por terminada.

Russendyll sonrió.

—¿Tienes mucha prisa en marcharte?

—Hombre...

—Quédate algunos días más. Creo que deberíamos empezar a conocernos mejor.

—No es mala idea —convino ella con suave sonrisa—. Sí, me quedaré...

Russendyll alargó una mano. Phoebe le dio la suya.

—Vamos a empezar nuestra primera sesión de conocimiento mutuo, dándonos un paseo por el parque cercano —propuso—. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece... maravilloso —respondió la chica.

El contacto con la mano masculina le hizo sentirse muy conformada. Pronto olvidaría. Ahora, se dijo, tendría que empezar a pensar en el porvenir. Era mucho más agradable.

FIN